

dos diez meses de disuelto ó anulado el matrimonio, á menos de haber quedado en cinta, en cuyo caso podrá casarse despues del alumbramiento.

Art. 110.—La mujer que se casase en contravención del artículo anterior, perderá los legados y cualquiera otra liberalidad ó beneficio que el marido le hubiese hecho en su testamento.

Art. 111.—La viuda que teniendo bajo su potestad hijos menores de edad, contrajese matrimonio, debe pedir al Juez que les nombre tutor.

Si no lo hiciere, es responsable con todos sus bienes de los perjuicios que resultaren á los intereses de sus hijos.

La misma obligación y responsabilidad tiene el marido de ella.

CAPITULO DIECISEIS

Disposiciones transitorias

Art. 112.—En la primera edicion oficial que se haga del Código Civil, se incorporará esta Ley en lugar del Título Primero, Sección Segunda, Libro Primero, arreglando la numeracion que corresponda á los artículos.

Art. 113.—Esta ley empezará á regir desde el 1º de Enero de 1888, y sus disposiciones solo serán aplicables á los matrimonios que se celebren desde esa fecha.

Art. 114.—Comuníquese al P. E.

FILEMON POSSE

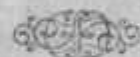


Biblioteca de «La Colonia Española»

UN DUELO A MUERTE

POR

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO



MONTVIDEO

—
IMPRENTA «UNION», CÁMARA, III

—
1878

IMPRESA RURAL
Y DE
LA COLONIA ESPAÑOLA

111—CÁMARAS—111

OBRA PUBLICADA Y EN VENTA

Boletín Jurídico-Administrativo — Revista semanal de Legislación y Jurisprudencia, redactada por varios abogados del Foro Nacional y extranjero y dirigida por el doctor don Matías Alonso Criado — tres tomos.

Colección Legislativa de la República Oriental del Uruguay, por el doctor don Matías Alonso Criado — Recopilación cronológica de las leyes, decretos, tratados, acuerdos gubernativos y acordadas del Tribunal, desde 1825 hasta la fecha — cuatro tomos de 800 páginas cada uno.

Proyecto del Código Penal — Por los doctores Muñoz, Ramírez Blanco, Vazquez Aeevedo y Lavandeira.

Acordadas del Tribunal Supremo — Colección de las dictadas desde 1868 á 1875 inclusives.

Código de Minería — Un volumen 16.º

Administración Ellauri — Colección de las leyes y decretos dictados durante ella, 1872 á 1875.

Administración Varela — Leyes y decretos sancionados durante el año de 1875.

Administración Latorre — Decretos dictados desde Marzo de 1876 hasta 1878.

Manual de Policía — Por don Antonio O. Villalba, con un prólogo por el doctor Matías Alonso Criado — dos tomos.

Manual de Práctica Forense — Al alcance y con arreglo al nuevo Código de Procedimientos Civiles de la República — Por Ramon de Requesens.

El Copo de Nieve — Novela de costumbres, original de Angela Girasi — un tomo.

La Colonia Española — Diario independiente, órgano y defensor de los intereses de su título en Sud-América — Hay colecciones completas encuadernadas.



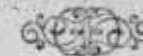
Cup. 405 fl. 34.

Biblioteca de «La Colonia Española»

UN DUELO A MUERTE

POR

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO



MONTEVIDEO

IMPRESA RURAL, CÁMARAS, 111

1878

PRIMERA PARTE

I

ELLA

En el momento en que empiezo á escribir estos renglones, el nombre de la señorita de Miramar, corriendo de boca en boca, da la vuelta al gran mundo.

Su nombre es el de una piedra preciosa, que es al mismo tiempo el nombre de una preciosa flor: se llama Margarita: combinacion delicada que sirve admirablemente para nombre de mujer.

En él se reúne lo que más brilla ó lo que más adorna; lo más rico y lo más frágil; un reflejo y un perfume; lo que más deslumbra y lo que más embellece; las dos cosas que más apetecen las mujeres: los diamantes y las flores.

Los periódicos, en las *Crónicas de los salones* y en las *Gucetillas*, llevan hasta el conlin del último lector la celebridad de la señorita de Miramar. No perdonan detalle ni pormenor; cuentan los pliegues de sus vestidos, las ondas de sus cabellos. Es imposible



no reconocerla y no admirarla, porque dan de su persona y de sus adornos, pelos y señales, como si se tratara de un objeto que ha de adjudicarse en pública subasta.

Y, en efecto: desde el punto de vista de los encajes, de los diamantes, del terciopelo y de la seda, Margarita es una criatura encantadora.

En cuanto á su belleza, consiste en la extraña mezcla de dos tipos distintos: sus ojos pardos, son de día casi azules, y de noche casi negros; sus cabellos castaños dejan ver á la luz ondas casi rubias, y á la sombra casi negras; es casi blanca y casi morena; la nariz, fina y correcta, se define discretamente sobre una boca grande, discreta y graciosa.

Cuando está seria, la expresion de su fisonomía es dura; pero la suaviza la sonrisa más dulce del mundo: mira como una mujer y sonrie como una niña. Y es que hay en su mirada esa penetrante malicia de la mujer que todo lo sabe, á la vez que resplandece en su sonrisa esa inocencia atractiva de la mujer que todavía no sabe nada.

En cuanto á su edad, no es fácil averiguarla sin tener á la mano el dato fehaciente de su partida de bautismo; sus miradas dicen: «Voy á cumplir veinticinco años.» Su sonrisa protesta diciendo: «Todavía no he cumplido diez y seis.»

Y este mismo contraste se observa en toda su persona. En ciertas ocasiones se la ve doblar la cabeza humildemente, como si quisiera decir: «Obedezco.» En otras, irguiendo la frente, descubre en ella la expresion enérgica de un imperioso pensamiento. Entonces dice: «Yo mando.»

Su talle, flexible y bien contorneado, se presta á movimientos de una cadencia armoniosa, en los que



el observador puede advertir dos impulsos opuestos, que suelen ir juntos, como van juntos el cuerpo y el alma: hay en ellos sensualidad y pudor; su paso, firme y vacilante al mismo tiempo, es voluptuoso y corto.

Una vez metido en el inventario de las prendas que constituyen su persona, será preciso que añada dos pormenores, sin los que el retrato resultaría cojo y manco.

Los lectores querrán saber qué especie de manos le ha concedido la naturaleza, y no hay para qué ocultarles que sus manos son blancas como la nieve; que en su trasparente blancura dejan ver á intervalos las líneas azules de las venas; que los dedos redondos se prolongan, disminuyendo, hasta terminar en unas uñas finas y saurosadas; que en el nacimiento de cada dedo aparece y desaparece un hoyo imperceptible, según se abre ó se cierra la mano; y, en fin, que todo está contenido en el menor espacio posible, porque la mano es todo lo pequeña que debe ser.

Los lectores, más curiosos todavía que las lectoras, querrán que levante un poco la onda del vestido y les descubra el pié correspondiente á semejante mano; mas yo no debo permitirle tanta libertad, y, además, no quiero permitirle. Advierto únicamente, que, cuando se dice mano bonita, se dice pié gracioso: porque los piés y las manos son dos extremos que marchan siempre en perfecto acuerdo.

Los que no satisfagan su curiosidad deduciendo la perfeccion del pié de los encantos de la mano, será preciso que se resignen á tener paciencia.

La voz viene á ser una faccion que influye poderosamente en el atractivo de la persona; así como

hay en la mirada rayos que penetran hasta el fondo del alma, de la misma manera hay en la voz inflexiones delicadas, tonos armoniosos que dan á la palabra una elocuencia irresistible.

He observado en las luchas de la palabra que la razon es una gran cosa; pero la multitud dispensa de ella fácilmente al que dispone del influjo seductor de una voz agradable. ¡Desgraciada razon la que tenga que luchar con un acento armonioso, si es una multitud el juez de la contienda, y ese juez ha de fallar en el acto! La razon convence y la música conmueve.

Por absurdo que sea lo que se llama argumento de una ópera, aplaudimos siempre que el músico acierta á entusiasmar nuestros oídos. Es más: hasta la mala música nos sonará bien si el tenor ó la tiple disponen del supremo recurso de una voz soberana: el argumento se pierde debajo de la música, y la música debajo de la voz.

Por éso hablar á la razon de una multitud es, por regla general, perder el tiempo; mas habladle á los sentidos, y la tendreis subyugada. Semejante á la serpiente de cascabel, se deja cazar atraída por los sonidos de una flauta.

Lo que digo de la voz puede decirse de la palabra, de la elocuencia, del arte. La soberanía popular es la soberanía de los sentidos. Los aduladores de los reyes se llaman cortesanos; los cortesanos de la plebe se llaman charlatanes; charlatanes que peroran, que escriben, que hilvanan comedias, que tejen novelas, que sacrifican la verdad al aplauso, la razon á la ganancia, y que en el bajo imperio del pueblo cultivan la baja política, la baja elocuencia, la baja literatura.

Debo hacer una justa distincion: la plebe de que hablo se encuentra esparcida en todas las clases de la sociedad; ó más bien, todas las clases tienen su plebe. Así es que, al decir pueblo bajo, me refiero á todo lo que hay de estúpido y corrompido en la clase alta, en la clase media y en la clase baja.

Mas, dejando aparte esta digresion caprichosa, convengamos en que la voz puede ejercer un poderoso atractivo. Voces hay que se ven solicitadas todos los años por las más opulentas capitales del mundo, y que los públicos más ilustrados pagan á peso de oro... Es verdad que son voces de *primo cartel*. La voz de Margarita vibra con ese timbre particular, pastoso, que tanto se pega al oído, y que los músicos designan con el nombre de voz de *contralto*. Al principio causa una sensacion pensosa; el oído espera á cada momento una desafinacion; mas á poco se acostumbra á ella, y la voz se hace inolvidable.

Diré algo de su carácter.

¿Qué es el carácter? Lo que hace al hombre amable ó aborrecible, brillante ó oscuro, grande ó pequeño: es un espejo en el que las cualidades se engrandecen hasta hacerse gigantescas, ó se empequeñecen hasta hacerse insignificantes. Si bien se mira, se verá que el carácter ha hecho más grandes hombres que el génio: los grandes talentos admiran, ilustran, entusiasman; los grandes caracteres subyugan.

Hoy no se ven grandes hombres, porque no hay grandes caracteres. Diríase que se ha extinguido el brillante reflejo con que la grandeza de alma iluminaba las acciones, las palabras, las empresas, la vida de los grandes hombres.

En medio de esta fiera igualdad, de esta igualdad

asoladora, que hace igualmente bajos á todos los hombres, que ha convertido todas las clases en vulgo, reduciendo á la sociedad á la condicion de plebe, sólo distingo, elevándose jamensamente sobre todos los poderes humillados de la tierra, un gran carácter, uno sólo, en cuya nobilísima frente resplandece la doble corona de la santidad y de la desgracia, y cuya voz de mansedumbre y de verdad conmueve al mundo desde las augustas bóvedas del Vaticano.

Yo no encuentro hoy, entre las presentes grandezas de la tierra, más que esa grandeza del cielo.

El carácter, grande ó pequeño, alto ó bajo, viene á ser como la fisonomía moral del alma; y en las irregularidades del carácter de Margarita se dibujan las vacilaciones de su corazón y las indecisiones de su espíritu.

Salta fácilmente del aturdimiento á la reflexion, y su habitua! y movible alegría cede algunas veces, bruscamente interrumpida por súbitas tristezas. Como si su alma pasára por un extraño crepúsculo, asoman alternativamente á su semblante, los resplandores del día y las sombras de la noche.

Tan vivo contraste da á su sér un aire de encantadora frivolidad, que añade al atractivo de su lujo y de su hermosura la seduccion de la inconstancia.

Para unos es caprichosa como una niña consentida; para otros es coqueta como una mujer mimada.

Las jóvenes dicen: ¡Qué loca! Y sin darse cuenta de éllo, intentan imitar sus locuras.

Las jamonas exclaman: ¡Lo que sabe! Y prodigan á su talento las más crueles alabanzas.

Las viejas han convenido á media voz en que es tonta.

Entre los hombres no son los pareceres ménos di-

versos; pero todos parten de estas tres suposiciones fundamentales.

Para los muchachos... ¡Qué inocente!

Para los hombres... ¡Qué impenetrable!

Para los viejos... ¡qué temible!

Su presencia produce tres exclamaciones, correspondientes á estos tres pareceres.

Al entrar en un salon, al aparecer en un palco, al cruzar un paseo indolentemente reclinada en los ricos almohadones de su magnífico landó, exclaman:

Los muchachos, con la boca abierta: ¡Qué ángel!

Los hombres, mordiéndose suavemente los labios: ¡Qué mujer!

Los viejos, rascándose maquinalmente la oreja: ¡Qué demonio!

Sin embargo, se ha convenido por todos en un punto muy importante, á saber: que la señorita de Miramar ha recibido una educacion brillante.

Conviene advertir que la brillantez es un fenómeno de los cuerpos cuyas superficies no dan paso á la luz, y que, por consiguiente, al recibirla la despiden, y al despedirla la reflejan. Por éso lo brillante no puede ser perjudicial.

Mas el hecho es que la señorita de Miramar monta á caballo con la destreza de un hombre y con la gracia de una mujer.

Además pinta, si no con correccion, con soltura; y hay en su lápiz líneas atrevidas, y en su pintura tonos audaces. En los paisajes, sobre todo, se despacha á su gusto; y, al retratar la naturaleza, se empeña en corregirla, y acsba por atropellarla.

Pero su lápiz es tímido y su pincel indeciso si trata de bosquejar los contornos de una cabeza; entónces parece que busca un modelo que no encuentra.

Su maestro de música está desesperado, pues sus dedos ágiles se niegan al rigor estricto de los métodos; porque liga ó desata las frases con una independencia imperturbable, depresiva de la severa autoridad del orden clásico; porque corta ó alarga las notas, imprimiendo en ellas la expresión fantástica de un gusto particular.

Y su desesperación consiste en que todo eso lo hace Margarita, ejecutando con maestría, con destreza, con verdadera posesión del piano, con completo dominio de las teclas, y el pobre hombre no alcanza á explicarse cómo se han podido reunir en la misma persona unas manos tan dóciles y un gusto tan rebelde.

Cada vez que el maestro hace un gesto de disgusto, Margarita sonríe de satisfacción, y él se encoge de hombros, indeciso entre aplaudirla ó matarla.

Los días de lección entra en la casa alentado con la esperanza de corregirla, y á la media hora sale abismado en el convencimiento de que es incorregible.

Lo mismo que toca, canta.

La admira y la detesta: la admira, porque tiene en la voz y en los dedos el genio de la música; y la detesta, porque es una criatura invencible que se burla del arte.

Unas veces se irrita y otras se allige. Después de proponerse abandonarla á las extravagancias de su mal gusto, siente con más ímpetu el deseo de vencer su obstinación. Es una lucha que le quita el sosiego; no piensa en otra cosa: está herido su orgullo de maestro y desgarrado su corazón de artista. Y lo peor de todo es que experimenta horribles temores de que su propio gusto se corrompa bajo la influen-

cia avasalladora de tan tenaz discípula. Y semejante sospecha le pone fuera de sí; porque tiene miedo de tener miedo. En fin, es una idea fija que le persigue y lo domina, una angustia ridícula, un dolor risible que puede volverle loco.

Por lo demás, la señorita de Miramar habla el inglés con bastante desembarazo; posee el francés: no le es completamente desconocido el italiano, y sabe aprovechar la energía y la dulzura, la majestad y la gracia de la lengua castellana.

Si á esto se añaden algunos elementos de historia, ciertas nociones de geografía y de física, las cuatro reglas de aritmética, la idea de Dios algo confusa por no conocer fielmente de memoria las bellas definiciones del Catecismo, principios de moral un tanto cómodos, algo *doctrinarios*, para que puedan avenirse las asperezas de la virtud con las dulzuras de la conveniencia; si se añade, en fin, la lectura de unas cuantas novelas de Dumas, de Soulié, de Sue, etc., se tendrá una idea completa de la brillante educación que ha recibido Margarita.

Desde que la materia, según los autores del nuevo *Genesis*, perdió la milagrosa virtud de producir por sí misma al hombre hecho y derecho, los que venimos al mundo nos vemos en la doble necesidad de nacer niños y de tener padres. Hé aquí la razón por qué Margarita es hija de los señores de Miramar.

Ella está contenta y ellos orgullosos.

Además del vivo sentimiento que los hijos inspiran en el corazón de los padres, Margarita tiene á los ojos de los suyos el singular mérito de ser hija única.

Todos los hombres pueden ser padres; y, francamente, todas las mujeres desean ser madres; mas,

deberían serlo todos y todas? No basta ser padre; no basta ser madre; es preciso saberlo ser. ¡Es tan triste deber la desgracia á aquéllos á quienes el mismo tiempo debemos la vida!

Del regazo de la madre sale el niño sano ó enfermizo, débil ó robusto, llevando en su sangre el germen de la vida ó de la muerte; del seno de la familia sale el hombre bueno ó malo, llevando en su corazón y en su entendimiento el germen de su dicha ó su desgracia.

Hay ternuras funestas y cariños crueles: el amor á los hijos no es un amor ciego, porque precisamente es un amor que necesita verlo todo.

Pues bien: los señores de Miramar son unos padres que no ven sino por los ojos de su hija. Hermosos ojos, sin duda, pero ojos, al fin, que, poco acostumbrados á los efectos de la luz del mundo, toman las perspectivas por realidad.

Ella es la reina de la hermosura y de la moda, y sus padres son los primeros cortesanos de su belleza, de su juventud, de sus caprichos y de su lujo.

¡Cómo la quieren!

¡Cuántas mujeres, al verla, la envidiarán la fortuna de ser hija única de semejantes padres!

Tal es el mundo, y tal es Margarita.

II

LA CARTA

Por el silencio que *Mari* nota, aplicando el oído á la puerta que conduce á las habitaciones de *Margarita*, infiere que ésta duerme todavía. Y le causa extrañeza, porque, en su calidad de doncella de la señorita de Miramar, sabe que, aunque traspasada, madruga, y es el caso que son ya las diez de la mañana.

Mari se llamó siempre *María*; pero desde que sus felices disposiciones la han elevado al rango que ocupa en tan opulenta casa, el buen gusto le ha suprimido la última letra. *María* es un nombre más bello; pero *Mari* es un nombre más francés. Ella se muestra tan estisfecha de la supresion, que cuando algun criado de la casa, ó alguna amiga antigua, le dicen *María*, no puede disimular el enojo que le causa. Sobre todo, el cochero le tiene quemada la sangre, porque el bárbaro, siempre que la llama, le ha de decir *Maruja*.

Por lo demas, es una muchacha fresca y risueña, con un modo de mirar, un modo de sonreír y un modo de ser, que le proporciona muchos amantes.

sin que entre tantos consiga la infeliz encontrar un marido. De modo que no es doncella por pura vocación.

Ahora la encontramos sin saber qué hacer, indecisa entre penetrar en el cuarto de su señorita ó esperar que ésta la llame.

Mientras por segunda vez aplica el oído á la cerradura de la puerta, discurre del siguiente modo.

«Ya sé que no debo entrar mientras no me llame; pero estoy segura de que me llamará si estuviera despierta: luego es claro que duerme. Es muy tarde, no me está prohibido despertarla, y debo hacerlo; mas ¿cómo la despierto sin entrar? Ya veo la nube que se me viene encima. Si la dejo, Dios sabe cuando saldrá de tan profundo sueño; y entonces podrá decirme muy seria: «Ya sabe usted, *Mari*, que no me gusta dormir tanto.» Mas yo podré replicarle muy fresca: «¡Como la señorita no ha llamado!...» Sí, pero la conozco, y dirá sin detenerse: «¿Cómo había de llamar si estaba durmiendo?» Pues supongamos que entro y se despierta, y me pregunta: «¿Qué ocurre?» y tendré que contestarle: «Nada... ¡es que como la señorita no llamaba...!» «Pues si no llamaba, volverá á preguntar con mucha razón, ¿á qué viene usted?»

No sé qué hubiera hecho al fin *Mari*, si en el momento de su mayor preplejidad no hubiera aparecido un criado que llevaba una carta en la mano. La doncella lo ve; mas él finge no verla, y grita: «¡María...!» *María* se muerde los labios por toda respuesta. «¡Maruja, Maruja! vuelve á llamar el criado, y *Maruja* da hácia él un paso imponente, majestuoso, teatral, con todo el aire de una reina ofendida.

—¡Ah...! ¡Perdone usted, *Mari*! exclama el socar-

ron. Esta carta es para la señorita; la acaban de traer ahora mismo.

Mari se la arranca de las manos, y le vuelve la espalda: ambos se separan bufando, la doncella de rabia y el lacayo de risa.

No hay mal que por bien no venga. La carta es un recurso, un pretexto para entrar en el cuarto de *Margarita* y salir de situación tan apurada; tanto más, cuanto que las armas del sello y las iniciales del sobre anuncian un asunto urgente de la baronesa de C., amiga íntima de la casa y particular admiradora de las distinguidas prendas de la señorita de *Miramar*.

Mari, que por la insolencia del criado toca con las manos al cielo, ve al mismo tiempo en la carta el cielo abierto, y sin más vacilaciones la coloca en una bandeja de plata, empuja la puerta, que cede sin rechinar, y entra.

Admítase al ver que la luz penetra maliciosamente por los balcones entreabiertos, cuyas maderas cerró ella misma la noche anterior. Se dirige al dormitorio, y su admiración se convierte en espanto al ver que la suntuosa cama de la señorita de *Miramar* se halla vacía.

—¡Cómo puede ser ésto! ¿Cómo ha desaparecido? No estando en la cama, ¿dónde está? ¿Qué misterio se encierra en tan incomprensible suceso?

La doncella se encuentra aterrada, porque lo que ve es increíble, y otra vez cae en la terrible situación de no saber qué hacer. ¿Qué sería más prudente, más propio de las circunstancias? ¿Gritar? ¿Huir? ¿Desmayarse? Todo hay que pensarlo. Gritar, sería dar ocasión á un escándalo; huir, equivaldría á declararse cómplice; desmayarse, es perder tiempo.

Y el caso es que la señorita de Miramar no está allí; la cosa es grave y urgente, y si no sabe qué hacer, tampoco sabe en qué pensar. Su imaginación novelesca la hace estremecer, presentándole la idea de un raptor: en la necesidad de pensar algo, piensa lo peor... ¡La señorita de Miramar es tan codiciada...!

Registra con los ojos el aposento, y todo lo encuentra en orden; nada indica que haya ocurrido cosa alguna extraordinaria. Sólo advierte que la luz de la lamparilla arde tristemente sobre el mármol de la chimenea, encerrada en su bomba de porcelana, y cuyos resplandores rojos parecen avergonzados de verse ante la luz del día.

De repente la mirada absorta de la doncella se fija en la puerta que conduce al tocador, y nota que no está cerrada como debía estarlo, y deduce, por la claridad que despide, que también en el tocador se han abierto los balcones.

Antes de dar un paso, reflexiona:

—Si la señorita no está en el tocador no está en ninguna parte, y en el tocador es imposible: para estar ahí ha tenido que levantarse, y para levantarse me hubiera llamado. Yo soy sus pies y sus manos.

Esto es tan concluyente para *Mari*, que no encontrándola en la cama, cree, ó que ha sido robada, ó que á lo ménos se ha evaporado. Cosa muy posible, porque ¡Margarita era tan espiritual...!

Así es que al poner el pié sobre la rica alfombra que cubre el pavimento del tocador, su asombro llega el último límite; y no dando crédito al testimonio de sus propios ojos, exclama:

—¡La señorita aquí!

En efecto: allí está envuelta en un magnífico peinador, cuyos sueltos pliegues hacen como que ocul-

tan los contornos de sus correctas formas, en las que no me es permitido detenerme.

Allí está sumergida en los brazos carinosos de una butaca envidiable, con sus preciosos pies cruzados sobre un taburete más envidiable todavía. La cabeza descansa idólatra sobre la mano izquierda, mientras la derecha retuerce con sus dedos sonrosados los finos encajes que adornan y enriquecen las ondas de su bata immaculada.

Allí está medio pensativa, medio risueña, medio dormida y medio despierta.

Al ver el semblante espantado de su doncella, sonriéndose y hostezando, le dice:

—¡Ay, *Mari*...! ¡Me fastidio soberanamente!

La pobre muchacha no está tan corta de alfileres que no comprenda perfectamente cuánto puede aburrirse una gran señora sin el auxilio de su doncella; pero no alcanza á comprender, porque no le cabe en la cabeza, como la señorita de Miramar ha podido levantarse y vestirse sin *Mari*.

La tenacidad de semejante idea le obliga á decir:

—¡Cómo la señorita no me ha llamado...!

—Me parece, replica Margarita con viveza, que para aburrirme no necesito á nadie.

La doncella se encoge de hombros y le presenta la bandeja que lleva en la mano. Margarita coge la carta con perezosa indiferencia, lee rápidamente el sobre, y la deja caer sobre su falda.

Al mismo tiempo el reloj, que late tranquilamente delante del espejo del tocador, hace sonar dos veces su agudo timbre, como si quisiera poner dos puntos á la conversacion.

—¡Las diez y media! exclama la doncella.

—¿Y qué me importa? dice Margarita.

—Los señores han pedido el coche para después del almuerzo.

—Hoy no pienso salir de casa.

—Tal vez la señora baronesa cuente esta tarde con la señorita.

—Quiere decir que habrá echado mal la cuenta.

—Pero esta noche hay *do de pecho*; Tamberlick canta el *Otello*.

Margarita mueve la cabeza con impaciencia, diciendo:

—Tengo jaquese.

—Dios mío! ¿La señorita está indispuesta?

—Lo mismo da. No quiero vestirme, no quiero salir, no quiero ver á nadie. ¿Comprende usted, *Mari*?

—Señorita, ¡es tan incomprensible...!

—¡Bidi...! Entonces la desentreno á usted mi corazón.

La doncella, casi enternecida por tan señalada muestra de confianza, se acerca á la señorita de Miramar, quedándose en la actitud expresiva de quien va á recibir una confidencia inesperada é íntima.

—Ha de saber usted, continuó Margarita, que me siento hoy poseída de un deseo extraño... original... enteramente nuevo.

—¡Ah...! Lo comprendo muy bien; pero, ¿qué puede desear la señorita que no se le cumpla en el acto?

—Lo que es este deseo, apenas ha nacido y ya empieza á verse contrariado.

—¡Es posible...!

—¡Oh! Sí. Es un deseo contra el que se levantan tantas dificultades como personas me rodean, tantos obstáculos como gentes me visitan, tantas contrarie-

dades como amigos me distinguen con sus lisonjas...

¡Ah! Es cruel; es muy cruel esto.

—Pero, ¿qué desea la señorita?

—Por lo visto, un imposible.

—Veamos, veamos.

—¿Es usted discreta?

—Puedo jugar que...

—Pues bien: juzgue usted con toda imparcialidad. Deseo... fíjese usted bien: deseo estar sola.

Mari es, en efecto, discreta; comprende todo el valor de la confidencia, y se retira muerta y cobijada. La pobre muchacha está á punto de que se le salten las lágrimas; cuando cree que ha conquistado la confianza de la señorita de Miramar, se encuentra con tan cruel despedida..., tan cruel como injusta.

Sin embargo, Margarita tiene buen corazón, y, al verla salir, no ha podido menos de exclamar: ¡Pobre muchacha! Pero, al fin, ya está sola, que es su deseo, ó su capricho de este día; ya no hay allí nadie que la interrumpa en la voluptuosa tarea de no hacer nada, ni quien la distraiga del vago placer de pensar. Está sola.

¿Sola...? Muy pronto lo he dicho.

Hay sobre sus rodillas una carta cerrada, cuyo sobre se le mete por los ojos tenezmente, diciéndole: ábreme. Siente que una mano invisible llama á la puerta de su curiosidad, de esa loca que todo lo quiere saber; y le parece que del fondo de la carta que tiene delante sale una voz sin sonido, que grita incessantemente: ¡Oye, oye, oye!

Es difícil sustraerse al interés que inspira una carta cerrada, sea la carta de quien fuere. Se cierra la puerta á las visitas impertinentes, se despide á las personas sin verlas, y, si no hay más remedio, se las

oye como quien oye llover. Esto es fácil, y ocurre con frecuencia. Pero no se cierra nunca la puerta á la carta que viene á buscarnos; no hay nadie que rompa una carta sin leerla, y no hay manera de leerla sin enterarse de lo que dice.

Conocemos á la persona que nos escribe; es un sér fastidioso, insufrible, que no dice más que tonterías; si lo vemos venir por una calle, echamos por otra; para él no estamos nunca en casa. Mas se nos presenta envuelto en los misterios de un sobre, bajo la forma incitadora de una carta, y sin vacilar la recibimos, la abrimos y la leemos.

No hay ocupacion, ni placer, ni dolor, en que una carta no pueda sorprendernos, y, por consiguiente, interrumpirnos.

Tener delante una carta no es estar solo. Es estar con alguien que nos habla, que nos distrae de nuestros pensamientos, que nos saca de nuestras meditaciones, que corta nuestra soledad, que dispone de nuestra atencion, que nos aparta, por más ó ménos tiempo, de las más urgentes tareas, de las más íntimas alegrías y de las más profundas tristezas.

Este efecto lo produce cualquiera carta, y por extraordinaria que sea la idea que el lector haya formado de Margarita, en la mayor parte de las cosas no pasa de ser una mujer como las demás. Está, pues, delante de la carta de la baronesa, dominada por la curiosidad propia del caso, y aún más, porque observa con extrañeza que lo contenido dentro del perfumado sobre presenta un volúmen excesivo.

—¿Qué le habrá ocurrido á esa buena señora? se pregunta; y añade: aquí hay algo más que una simple carta.

Y examina el sobre, ya por un lado, ya por otro,

con esa pueril impaciencia con que algunas veces pretendemos indagar lo que contiene una carta ántes de abrirla.

La curiosidad es un deseo, y, como todos los deseos, se aumenta en razon directa de las dificultades que se le oponen.

Cuanto más se niega el sobre imposible á descubrir el secreto de la correspondencia que contiene, más vivo es en Margarita el deseo de averiguarlo; y como averiguarlo está en su mano, rompe al fin la obstinacion del sobre.

Justa era la observacion de la señorita de Miramar acerca del volúmen, y justa era su doble curiosidad, porque debajo el sobre habia, en efecto, algo más que una carta: habia dos cartas.

Hé aquí lo que le dice la baronesa:

«Querida mia: Mi fiel Pachi acaba de entregarme la adjunta carta, que no se sabe quien ha dejado en casa por equivocacion; y me apresuro á enviártela, pues infiero que en élla apelan á tu filantropía, y conozco bien tu corazon.

» El lunes es la *soirée* de la embajada inglesa; dicen que el *buffet* será espléndido, y el *menu* corre ya de boca en boca. Se espera que tu *toilette* será original y encantadora, y desde ahora te aseguro que hará furor. He visto el *trousseau* de la desposada... ¡*Mon Dieu!* ¡Qué *trousseau!* Los *amateurs* están desconso- lados porque no te vieron anoche en mi *petit comité*; la viudita quiso usurpar tu gloria; pero tu ausencia y élla... que *pendent...*!

» Adios, hermosa niña; te desea un triunfo estrepitoso tu

Lola.»

Apénas acaba Margarita de leer la carta de la baronesa, saca la otra, que por un movimiento irrelativo y enteramente maquinal había ocultado en su seno.

Se halla esta segunda carta herméticamente cerrada en un sobre de papel grueso, áspero y moreno, en el que campea, con letras dignas de un memorialista, el siguiente sobrescrito:

A LA VELLA SEÑORITA DE MIRAMAR
¡UN DESGRACIADO!

La *v* con que se halla escrita la palabra *bello*, y la *D* mayúscula y las admiraciones de un *desgraciado*, obligan á Margarita á soltar la más espontánea carcajada, lo cual debe hacernos creer que ya no se aburre.

Roto cuidadosamente el sobre por uno de sus cantos, como si la señorita de Miramar no quisiera perder ni una letra, se abre paso un papel fino y sedoso, perfectamente doblado, escrito por las cuatro curvas con tinta de reflejos azules, dejando ver en renglones no muy iguales los rasgos delicados de una letra menuda, encadenada y clara: letra y papel inesperados en un sobre tan poco distinguido.

La letra se parece á la voz, á la fisonomía, al aire, en lo que estas tres cosas tienen de personales; y así como se ha dicho que el estilo es el hombre, se puede decir que la letra es la mano.

Después de un atento exámen, la señorita de Miramar se convence de que es la primera vez que vé aquella letra, y deduce que la mano le es desconocida.

Lee primero con la sonrisa en los labios; después se pone seria... muy seria; llega hasta mostrarse eno-

jada; acaba la lectura pensativa, y empieza á leer de nuevo.

La carta dice así:

«Tito fue un romano cruel, que oprimió y aisló la Palestina en tiempo del Imperio, y al que el mundo entonces llamó *Delicia del género humano*. Usted no es Tito, ni probablemente querrá serlo, porque una mujer joven, bella y universalmente adulada, no cambia nunca su celebridad por la de ningún hombre. Pero se parece usted á Tito en dos cosas: en que también hace usted las delicias del género humano; y en que tiene oprimido mi corazón y aislada mi alma.

«Y pregunto: Usted, que tan fácilmente hace feliz á cualquiera con una palabra, con una mirada, con una sonrisa, con un saludo, ¿por qué me ha de hacer usted el más desgraciado de los hombres? Lo sé y voy á decirlo; porque entre todos los que se disputan sus palabras, sus miradas, sus sonrisas y sus saludos, los ménos la admiran, algunos la envidian, y todos la adulan. Yo sólo la amo.

«Pero usted, que ántes de llegar aquí habrá buscado al pié de la carta la firma del que la escribe, preguntará enojada: «¿Y quién es usted para pretender mi preferencia?» La pregunta no puede ser más justa ni más injusta. Es justa, porque yo se muy bien que para pretender su preferencia no basta ser *alguien*: es preciso ser *algo*; no basta ser *hombre*: es además indispensable ser *cosa*. Es injusto, porque ¿quién le ha dicho á usted que yo busco su preferencia? Yo la amo á usted como Dios la ha hecho; pero no puedo amarla como el mundo la hace; veo en usted dos seres que no puedo separar: uno ado-

rable y otro insufrible; veo en usted lo que es, y al mismo tiempo veo lo que debiera ser.

• La mujer que me inspira tan vivo sentimiento no es usted, pero está en usted. ¿Y qué sería á mis ojos la preferencia de la señorita de Miramar tal como el mundo la ha hecho? Una cosa bien triste para mí amor: la preferencia de su vanidad ó de su capricho. ¿Y qué sería yo á mis propios ojos? Una sombra casualmente encontrada en el camino, en la que descansaría un momento su inconstancia:

No pretendo semejante preferencia; digo más: me sería insoportable.

• Mas no es ésto sólo: tengo una madre digna de serlo; con el instinto de su cariño ha penetrado en el secreto de mi corazón; vé que no como, vé que no duermo, y ha comprendido lo que yo mismo no comprendo.

• Ayer me propuso un viaje á Alemania, y lo fué rehusado, no por usted, sino por élla.

• Hoy me ha dicho: *No conozco á esa mujer, no quiero conocerla; pero, hijo mío, tal vez sea tu desgracia.*

• Dígame usted si le es posible á un hijo no creer á su madre.

• Entonces ¿por qué la escribo á usted?...? Le escribo porque me parece una traición al corregirla, y no decirselo; amarla, y que no lo sepa...

• Mas ¿qué he de hacer para que esta carta llegue á sus manos? No me atrevo á ponerla á disposición de sus criados, porque ignoro si es usted accesible á todas las cartas.

• Me ocurre un medio... un medio casi seguro. La pondré un sobre humilde, y en vez de llevarla á la casa de la señorita de Miramar, la llevaré por equivocación, á casa de la baronesa de C., que lo recibe

todo. En cuanto esta buena amiga vea el sobre, la enviará á usted inmediatamente, bajo la salvaguardia de su letra y de su sello. Vamos, leerá usted mi carta; más aún: la leerá usted toda.

• Ahora me asalta el temor de causarle á usted una inquietud: la inquietud de la curiosidad. Al ver que me oculto, va usted á creer que soy descaradamente viejo ó extremadamente feo, y éso no es justo.

• ¿Quiere usted conocerme?

• En los paseos, en los teatros, en los salones, en todas partes donde usted está, estoy yo. Pues bien: agite usted su pañuelo una ó dos veces, como quien despide á un amigo que se va para siempre, y más lejos ó más cerca, según la ocasión y el momento, descubrirá usted en la solapa de un frac no mal cortado, las menudas hojas de una sencilla margarita.

• Para mí es indiferente que usted satisfaga ó sa-critique su curiosidad, porque estoy seguro de que la señorita de Miramar no llegará nunca á conocerme.

Aquí concluye la carta, y al pié de élla no aparece firma ninguna.

Terminada la segunda lectura de este extraño documento, Margarita salta de la butaca, inquieta y agitada. Una nube de nombres acuden á su memoria, que va desechando uno á uno.

—El marqués de... ¡imposible! el vizconde... ¡quién! el duquesito... es tonto; el baron... es imbécil; Manolo... es necio; Luis... es demasiado cobarde; César... demasiado ridículo; Suarez... ¡ni pensarlo! Castro... ¡qué locura! Benloch... es zafio; Casavieja... es muy feo; Villaverde... es muy viejo...

Conforme va haciendo comparaciones, desechando nombres, el misterioso personaje va adquiriendo á sus ojos una creciente superioridad.

De pronto le ocurre una sospecha.

¿Andará allí la envidia de alguna mujer?

Pero, en ese caso, quien quiera que sea ella, ha tenido que valerse de un hombre, y Margarita se resiste á creer que el autor de aquella carta sea el instrumento de una ruin envidia. Pero, vamos, se muestra razonable, y reconoce que es posible. Entonces... lo mismo le da: la cuestion es la misma, porque para ella la cuestion es ésta:

¿Quién es ese hombre?

¿Debe considerarse víctima de una burla inoable, ó es, por el contrario, objeto de una pasión profunda? Ignota por qué, pero se inclina más á lo segundo que á lo primero; y, burla ó amor, intenta sonreirse, y no acierta á conseguirlo; se irrita más, y, es claro, cuanto más se irrita, menos logra sonreirse.

Alza la cabeza, y ve su imagen retratada en la profunda superficie del espejo impasible; se mira y... ¡qué singular capricho! por primera vez de su vida la señorita de Miramar no se agrada. Tal vez consista en que nunca se ha visto tan seria; y ya sabemos que la expresion de su semblante es dura, cuando no la dulcifica con la miel de la sonrisa.

Con un movimiento repentino y enérgico echa hácia atrás sus hermosos rizos, que, al inclinarse para leer la carta, habian caido sobre su frente, como impulsados por una inocente curiosidad; y asiendo bruscamente el cordon de seda que desciende inmóvil junto al espejo, llama á su doncella.

Por lo visto ha tomado una resolución.

Mari se presenta inmediatamente, un poco sonrojada, pero muy afable. ¡Pobrecilla! No es rencorosa. ¡Ya se ve! ¡Parece que la infeliz ha nacido para que todo el mundo la engañe!

Al verla Margarita, le dice:

—Quiero vestirme.

—¿Para casa ó para colto? pregunta la doncella.

—Voy á salir, le contesta.

—¿Cómo! ¿La señorita no desaba ver á nadie...?

—Dígame usted, *Mari*, pregunta Margarita sentándose delante del espejo: ¿hay algo en el mundo más inconstante que una mujer?

—¡Ay...! sí, señora: más inconstante que una mujer son todos los hombres.

Si no es cierto lo que acaba de decir la doncella, preciso es confesar que le sobra razon para creerlo.

La señorita de Miramar no es completamente del mismo parecer, y dice:

—Sí; todas somos inconstantes como las mariposas, hasta que encontramos una luz que nos quema las alas. Por mi parte, hoy quiero hacer alarde de la inconstancia de mis deseos. Hace una hora estaba resuelta á no ver á nadie, y ya necesito que todo el mundo me vea. ¿Qué le parece á usted, *Mari*?

Mari no encuentra nada que responder, y ella continúa:

—Pero abra usted más ese balcon, porque me parece que el espejo está oscuro... no me veo bien... y quiero luz, más luz, mucha más luz.

Mari obedece, calla y observa.

Observa tres cosas: que la señorita de Miramar está algo pálida, algo seria y algo habladora.

Cuando Margarita se presentó en el comedor, ya estaban allí los señores de Miramar, pero aún no se habían sentado á la mesa. El almuerzo empezó silencioso.

Al fin Miramar dejó el tenedor, y tomó la palabra.

—Si me prometeis no asustaros, dijo, os contaré lo que me ha sucedido esta mañana.

—Si hemos de asustarnos, advirtió la señora de Miramar, valdrá más que te guardes tu cuento, porque no debemos exponer á Margarita á una emoción demasiado fuerte.

—Tiene usted razon, señora mía; hablemos, pues, de otra cosa.

—No, no, dijo Margarita; cuéntalo, cuéntalo; te prometo no asustarme.

—No creais que se trata de un suceso extraordinario, capaz de poner los pelos de punta; nada de éso. Es una cosa corriente, sencilla, insignificante, bastante rara, pero que ocurre todos los días. Imaginaos un corró de curiosos dentro del que disputan dos hombres. Uno de ellos se muestra airado, inso-

lente, provocativo; tenía aire de maton. El otro parecía más pacífico, más razonable, más prudente. Cuando yo llegué decía el primero: «Necesito una satisfacción.» «La tendrá usted, decía el segundo; yo no les niego nunca.» «Aquí está mi tarjeta,» replicó el maton. «Bien, bien!» gritaron algunos concurrentes. «No hay necesidad de tarjeta, advirtió el otro, porque mi satisfacción es muy sencilla; está reducida á cuatro palabras, y son éstas: «Perdone usted, caballero; yo no he querido ofenderle.» Estas palabras fueron recibidas con un murmullo que quería decir: «Tiene miedo, tiene miedo.» La multitud, como siempre, se puso heroicamente de parte del más fuerte, y el maton, moviendo la cabeza con ademán triunfante, volvió la espalda á su adversario. En aquel momento desembocó en la calle un coche arrastrado por un hermoso *troupeau pur sang*, que en un abrir y cerrar de ojos se nos echó encima como llovido del cielo. Hubo un instante de confusión, de terrible zozobra; yo sentí una presión circular que me empujó en todas direcciones, y resonó un grito que á la vez se escapó de todas las bocas; un hombre había caído delante de los caballos, prontos á aplastarle debajo de sus manos: sólo Dios podía salvarlo.

Aquí se detuvo saboreando el efecto de su narración; mas viendo el gesto que ponía su amable esposa y la ansiedad de su hija, continuó:

—No os apureis, que todavía no he concluido. Es verdad que el momento era crítico y la catástrofe inevitable; pero hé aquí que un hombre audaz se arroja de repente sobre los caballos, interponiéndose entre ellos y el que estaba en tierra; los animales, asombrados de aquella súbita aparición, se enca bri

taron violentamente, y el hombre, asido con entrambas manos á la cabeza de uno de ellos, quedó suspendido en el aire. Aquello fué ver y no ver.

— ¡Qué horror...! exclamó la señora de Miramar mascando tranquilamente.

— Ahora verás, ahora verás, prorumpió su marido con aire satisfecho.

— No quiero ver, no quiero ver, le advirtió ella; porque pintas las cosas con colores demasiado vivos, y nos vas á regalar una descripción sangrienta, que no será por cierto un poema del mejor gusto.

Y dirigiéndose á Margarita, añadió:

— Contentémonos, hija mía, con presumir que ambos serían destrozados. ¿Qué le hemos de hacer nosotros?

— Te equivocas, se atrevió á decir Miramar algo picado: nada de eso sucedió.

Margarita se interpuso, diciendo:

— Déjalo, mamá, porque ya imagino lo que pudo suceder: el coche se detuvo. ¿No es ésto, papá?

— Tampoco, señorita.

— ¿Entonces...? preguntaron á la vez la madre y la hija.

— Entonces, replicó Miramar con acento victorioso, el coche retrocedió: el que estaba en tierra pudo levantarse y huir, y el que estaba en el aire saltó sobre la acera, en medio de los aplausos de los espectadores. Todo pasó como un relámpago.

— Más vale así; pero, vamos á cuentas, señor mío. Ibas á contarnos lo que te había sucedido, y no veo que te haya sucedido nada.

— Otro error tuyo, querida mía: en primer lugar, todo éso ha podido sucederme; en segundo lugar, me ha sucedido en parte, pues tuve encima los ca-

ballos y me vi debajo del coche; y en tercer lugar, al desembarazarme de la gente que me rodeaba, quise saber la hora en que me había salvado de tan inminente peligro, y me encontré sin reloj. Más aún, no sabéis lo extraordinario, lo sublime del caso. Oído bien: el que había caído de boca delante de los caballos, era el maton, el provocativo, el valiente; y el que le había salvado la vida era su contrincante, el pusilánime, el cobarde... ¿Qué tal?

La señora de Miramar no quería darse por vencida, y murmuró con soberana indiferencia:

— No encuentro en el suceso nada de extraordinario.

— ¡Oh, sí, mamá! replicó Margarita: ¡es un rasgo hermoso!

— Eso mismo decían allí todos... ¡Qué corazon, qué corazon...! Y sobre todo... ¡qué puños!

— Daría cualquier cosa por conocer á ese hombre. Si lo encontramos en alguna parte, tú me dirás quién es.

— No te fies, niña: tu padre no ha sido nunca fisonomista.

— Es cierto: además, con aquella confusion me fué imposible verlo bien; pero, en fin, imágnate un hombre como otro cualquiera. Sólo puedo decirte que, al saltar sobre los caballos, se le cayó el sombrero, y...

— ¡Dios mío! ¿Era calvo...? exclamó la señorita de Miramar sin poder contenerse.

— No, al contrario, de éso estoy seguro; pero llevaba en el sombrero un precioso ramillete de margaritas.

La señora soltó la carejada, diciendo:

—¡Admirable dato, hija mía! con él te será imposible no conocerle.

Lo que hacía reír á la madre, había puesto serio á la hija.

—Os daré otro dato más preciso, dijo Miramar levantándose de la mesa: llevaba un gaban color de avellana.

Había terminado el almuerzo, y los tres salieron del comedor. Al bajar la escalera para tomar el coche, Margarita iba contando los escalones, indicio probable de que pensaba en algo que la hacía bajar la cabeza.

Hé aquí su pensamiento:

«¡Aquella carta! ¡Aquel hombre! ¡Aquel ramillete de margaritas!»

O de otro modo:

«¿Serán dos? ¿Será uno? ¿Será el mismo? ¿Será él...?»

En medio de sus confusiones, averiguó una cosa: á saber: que ya no le eran indiferentes los gabaues de color avellana.

Cruzó el coche muchas calles, se detuvo delante de muchas puertas suntuosas, en las que iba dejando el lacayo las elegantes tarjetas de los señores de Miramar; y nada de notable hubiera ocurrido si de repente no brillara á los ojos de Margarita un relámpago de color de avellana. Era un gaban visto de espaldas, en el momento en que doblaba la esquina de la primera calle que se encontraba á la derecha. El coche marchaba en la misma dirección, y, según la orden dada al lacayo, seguiría la calle hasta el fin, dejando á la derecha la esquina detrás de la que había desaparecido el gaban color de avellana.

Margarita tiró del cordón sujeto al brazo del co-

chero, gritándole: «*¡A la derecha!*» en el momento en que no era ya tiempo de dar cómodamente la vuelta: así que el coche se detuvo un instante y comenzó á retroceder, para que los caballos pudiesen entrar en la calle designada.

A los señores de Miramar, acostumbrados á los súbitos caprichos de su hija, les pareció aquélla la cosa más natural del mundo, y nada dijeron; además, lo mismo les daba una calle que otra.

Mientras el coche tomaba la vuelta, Margarita veía el gaban huir delante de ella con paso majestuoso.

Dentro del gaban iba un hombre; aquel hombre debía tener una cara, y aquella cara era lo que deseaba ver á toda costa.

El coche entró al fin en la calle, y llegó el instante crítico. Margarita hubiera querido detener los caballos un segundo siquiera; estaba segura de que el hombre del gaban volvería la cabeza y miraría al coche, porque éso lo hace todo el mundo, y quería verlo bien. Ignoraba sin duda que las mujeres ven mejor cuanto más rápidamente miran.

Sucedió lo que estaba previsto: al sentir á su espalda el trote de los caballos, el hombre del gaban volvió la cabeza, y sus ojos se encontraron con los ojos de Margarita. Ésta ahogó un grito, y se refugió en el fondo del coche.

Cuando regresó á su casa se encerró en su cuarto, y circuló entre los criados la siguiente noticia:

«La señorita está sumamente nerviosa.»

Mari hubiera jurado que al entrar en su tocador decía entre dientes: «No es él; no puede ser él.»

¿Qué había visto la señorita de Miramar? No hay para qué ocultarlo: había visto que el hombre del

gaban de color avellana; era horriblemente bizeo.

Por la tarde salió á caballo.

Hacia una tarde apacible, una de esas tardes con que el invierno suele despedirse de Madrid: tardes que se parecen á las mujeres del Mediodía en que tienen la mirada ardiente y la sonrisa fresca.

Una mujer jóven y bella, y sobre todo lujosamente vestida, es mirada por todos: á una mujer á caballo la miran hasta los ciegos.

Margarita vió en el discurso de su paseo una serie interminable de caras que la miraban, y entónces comprendió que no hay nada más impertinente ni más fastidioso que una cara que nos mira, cuando no es la cara que buscamos.

Porque élla florecía en su imaginacion, quizás acolorada, los contornos de una cabeza cuyos nobles rasgos debían ser los de aquel modelo que su pincel no acertó á encontrar nunca.

Alguna vez creía distinguir entre la gente que encontraba al paso, rayos de color de avellana que iban á herir sus ojos; mas hacía botar á su caballo para no verlos, por no encontrarse con aquella mirada bizea, que tan cruelmente había torcido su pensamiento.

Pronto se vió seguida de una escolta de jinetes que se disputaban el honor de sus favores, y esta vez no hubo motivo de queja: todos quedaron iguales: no prefirió á ninguno, porque las mujeres, cuando no dan con el hombre que buscan, suelen vengarse de su desgracia en los hombres que encuentran.

Repentinamente la señorita de Miramar detuvo su caballo, que quedó inmóvil. La escolta la rodeó sorprendida.

—¿Qué ocurre? preguntaron.

—Ocorre que soy la mujer más fatal del mundo: acabo de perder una joya que tenía en gran estima: una pulsera.

—¿Una pulsera! repitió el eco de sus admiradores.

—Sí; una pulsera reducida á un simple cordón de oro, que se cierra por medio de una margarita.

Esto quería decir «Buscadla», y todas se alejaron deseosas de obtener la sonrisa ó la mirada que había de ser el premio de tan feliz hallazgo.

Corrieron de una parte á otra; registraron, preguntaron, ofrecieron, y todo fué inútil. ¡Ineficaces! ninguno pudo encontrarla.

La señorita de Miramar no disimuló su disgusto, y quiso retirarse, para lo cual saludó graciosamente, inclinante la cabeza sin mirar á ninguno, y partió á galope; sólo su padre se atrevió á seguirla.

Se apeó de un salto al pié de la escalera, la subió rápidamente, y, seguida de *Mari*, entró en su cuarto. Al acercarse al espejo se paró sorprendida, asombrada. Tenía delante la joya que acababa de perder.

Entre la señorita y la doncella se entabló el diálogo siguiente:

—*Mari*: ¿no me puso usted misma esta pulsera?

—Yo misma, señorita.

—Entónces... ¿cómo la encuentro aquí?

—Está ahí... porque... porque la han traído.

—¿La han traído...! ¿Y quién?

—Eso es lo que no se sabe. Un hombre desconocido llegó, la entregó á Francisco, y se fué.

—Pero ese hombre, ¿no ha dicho nada?

—Absolutamente nada.

—¿Es muy raro ésto!

—Se conoce que la señorita la ha perdido y algún amigo de la casa la ha encontrado.

—Bien; pero ese amigo, ¿por qué se esconde?

Mari no encontró respuesta satisfactoria, y se enojó de homeros.

—Y en verdad, la respuesta que Margarita deseaba, sólo ella misma podía dársela. Así es que se hizo el siguiente raciocinio:

•¿Quién ha podido traer esta joya...? Cualquiera.

•¿Quién ha podido encontrársela y devolvermela...? Algun amigo.

•¿Quién ha podido encontrársela, devolvérmela y ocultarse...? El; solamente él.

La lógica de las mujeres es terrible: cuando quieren una cosa, se hacen á sí mismas argumentos incontestables.

Dejómosla aquí entregada á la tenacidad de su pensamiento, seguros de que pronto vendrá á buscarnos.

Los que no han oído á Tamberlik no saben lo que es el *do de pecho*, pues parece que esta nota singularísima es privilegio exclusivo de la voz poderosa del gran tenor. Quiero decir que el *do de pecho* es una cosa rara, muy rara, tan rara como un Othon entre los numismáticos, como *Tirante el Blanco* entre los bibliomanos. Es un prodigio del diapason humano. Nota repeatina, que vibra un instante y desaparece, dejando en el oído una impresión desagradable, y en el ánimo un entusiasmo ardiente. Es poner el grito en el cielo, porque ahí han subido muy pocos, y más allá no subirá nadie. En la gimnasia del canto, es el salto mortal de la voz: grito salvaje que, al estrellarse, parece que quiere romper el pecho de donde sale.

El *do* de Tamberlik es una nota deslumbradora

que no se puede oír frente á frente, como no se puede mirar al sol cara á cara; es un exceso de la voz que produce en los oídos el mismo efecto que causa en los ojos el exceso repentino de una luz inesperada.

Era la última noche que se cantaba el *Otello*, y ya se sabe que lo último inspira tanto interés como lo primero: lo primero, porque empieza; lo último, porque acaba.

El teatro comenzó á llenarse contra las leyes de la gravedad; empezó á llenarse por arriba. Primero se llenó el *paraiso*, después se llenaron los palcos por asientos, luego se fueron llenando los palcos principales, y, por último, se llenaron los palcos bajos, las plateas y las butacas. Parecía una casaca de gente que se derramaba en semicírculo, formando en el fondo un remanso de cabezas humanas.

Cuando Margarita apareció en el teatro, acababa de alzarse el telón, lo cual no fué obstáculo para que todos los ojos y todos los gemelos se volvieran hácia el palco de los señores de Miramar.

Iba vestida con suma sencillez, deseando quizá ocultarse más bien que distinguirse; ver más bien que ser vista; pero en el lujo, hasta la modestia es lujo, y su presencia ofrecía la agradable novedad de un encantador abandono. Era una especie de incógnito que la descubría en vez de ocultarla; y brillaba precisamente porque no aspiraba á brillar. Por lo visto aquella noche no quería ser ella; pero la celebridad impone también sus condiciones, y el mundo está empeñado en que ha de ser siempre la misma.

Después de una rápida ojeada, que le bastó para distinguir los semblantes conocidos de los desconocidos, sin obligarla á saludar á nadie, cogió los gemelos, cubrió con ellos sus ojos, y los dirigió á la

escena, aunque su mirada furtiva saltaba de cabeza en cabeza y de semblante en semblante por debajo de los gemelos, que le servían de pantalla.

Es muy difícil encontrar la cara de la persona que no se conoce; pero, vaya usted á convencer de esto á una niña mimada que se obstina en creer que lleva en el pensamiento el retrato del original que busca!

En el segundo acto, Margarita cambió de posición para extender y completar sus investigaciones. Algunos movimientos bruscos, mal reprimidos, revelaban de vez en cuando los desencabos que experimentaban sus ojos inquietos. Creía ver algo; miraba mejor, y no veía nada.

El segundo acto estaba á punto de concluir, y la señorita de Miramar á punto de desesperarse.

Velase en medio de las butacas una que se hallaba desocupada toda la noche, cosa notable en una función en que el público se había disputado las localidades con verdadero encarnizamiento. Margarita reparó en ella: pero, ¿qué podía encontrar en una butaca vacía, cuando no encontraba nada en tantas butacas llenas?

Cayó el telón, como debe caer en todo espectáculo dramático, cortando los sucesos y aumentando el interés.

Tamberlick *arrelató* en la escena de los ecos, y el *do de pecho*, semejante á un puñal, se había clavado dos veces agudo y brillante en los oídos del público, como si anunciara la catástrofe del acto siguiente.

Durante el entreacto, volvió Margarita á coger sus gemelos y á lanzarlos en todas direcciones con creciente impaciencia. Casualmente descubrió en un palco principal á la baronesa de C., que solicita la

saludaba con su abanico; quiso responder á tan afectuoso saludo, mas... ¡qué casualidad...! en vez del abanico tenía el pañuelo en la mano. ¿Qué hacer? Era preciso saludar sin pérdida de tiempo, y lo hizo agitando tres veces su pañuelo, como quien *despide á un amigo que se va para siempre*. Después abandonó los gemelos, se recostó en su asiento, y respiró: parecía que se le quitaba un peso de encima.

¡Qué dichosas son las mujeres cuando hacen lo que quieren sin querer hacerla...!

Pasó el entreacto, porque todo pasa en el mundo, y empezó el último acto, el acto de la catástrofe.

El palco de los señores de Miramar era un palco bajo contiguo al proscenio, y Margarita se hallaba de modo que tenía la escena á la derecha y el público delante. ¡Excelente posición para ver sin mirar!

Pronto advirtió que la butaca vacía estaba llena, é inmediatamente, sobre el fondo negro de un *frac no mel cortado*, en aquella parte de la solapa que cae sobre el corazón, vió una margarita.

Entonces distinguió una cabeza varonil, un semblante noble, una expresión energética y dulce, una mirada franca y sonrisa fina.

¡Era él, era él!

¿Correspondía exactamente el original con el retrato que ella llevaba en su imaginación...? Preciso es confesar que no. Hubo necesidad de hacer algunas rectificaciones... ¿Qué pintor no corrige sus bocetos?

De todos modos, conviene advertir que esta última edición de su pensamiento salió corregida y aumentada.

Pero... ¿y su nombre...? Lo ignoraba: mas ¿qué

había de importarle su nombre... ? Ya tiene uno : se llama *EI*.

Sin embargo, Margarita volvió á su casa afligida y despechada.

Aquel hombre tan franco, tan noble, tan generoso, no había vuelto ni una vez la cabeza; ni una sola vez había fijado sus ojos en el paje de los señores de Miramar, ni se había dejado ver en los pasillos, ni siquiera se había hecho presente bajo los macizos arcos del pórtico, donde las señoras toman sus coches.

Para cualquier mujer, esto era mucho; para ella era demasiado.

Su corazón quería amarle, su despecho quería aborrecerle, su orgullo quería humillarle.

Aquella noche se soñó á sí misma resplandeciente de hermosura, radiante de fausto, vencedora e invencible. Lo tenía á sus piés vencido, subyugado por el imperio de su gloria.

¡ Oh qué triunfo !

Este sueño de su soberbia, ¿ iría á convertirse en realidad ?

Allá lo veremos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

UN BAILE

Si el embajador de la Gran Bretaña se había propuesto dar á la buena sociedad de Madrid una fiesta espléndida, justo es decir que la buena sociedad, por su parte, se había propuesto hacerla más fastuosa con su presencia y con su lujo.

Y es el caso que los políticos más sagaces miraban de reojo este suceso, que les parecía inmotivado, que no tenía causa aparente ni pretexto admisible; y como los ingleses todo lo hacen con su cuenta y razón, se empeñaban en que había de ocultarse en él algún manejo diplomático de la astuta Inglaterra. Creían, por lo ménos, que intentaba disputar á Francia la influencia en nuestros negocios, y de aquí los temores de unos y las esperanzas de otros. Bien podría ser una mera excentricidad del honorable *Sir*, ó una intriga casera de la espiritual embajadora; pero admítase tan racional hipótesis, y ¡ adios perspicacia de los hombres de Estado ! No debe perderse

de vista que el *Times*, que imprime y publica cuanto se le paga, había anunciado la fiesta pomposamente, y no se extrañará que los estadistas de corrillo y los políticos de café temieran ó esperáran un cambio de ministerio, ó un cambio en la política del Gobierno; de modo que estaban fijos en el baile de la embajada inglesa hasta los ojos de las gentes que pasan la vida en las plazuelas.

A mayor abundamiento, corría el rumor de que el secretario de la embajada española en Londres, que acababa de llegar á Madrid, traía para el Gobierno pliegos importantes, cuyo secreto hubiera sido imprudente confiar al correo ó al telégrafo, y acerca del cual hervían las suposiciones, aunque los mejor enterados dejaban traslucir que se trataba de una vasta conspiración urdida en España contra el Gobierno, y descubierta en Londres por la policía inglesa.

El joven secretario, marqués por más señas, y muy rubio por añadidura, era á propósito para dar pábulo á esta especie de rumores: padecía una verdadera monomanía, ó más bien una verdadera anglomanía. Para él el mundo era Inglaterra; fuera de Inglaterra no había nada.

Afectaba todas las maneras de un *lord*; hablaba en castellano con acento inglés; la seriedad de su rostro aparecía encerrada entre dos patillas perfectamente británicas, como se encierra una palabra entre dos admiraciones; y de seguro habría resuelto suicidarse de puro *spleen* en el momento en que la fortuna le pusiera en la mano veinte mil libras esterlinas de renta; pero entre tanto tenía la excentricidad de ir viviendo con el mezquino sueldo de su importante empleo.

Este personaje internacional se veía asediado por los curiosos, pretendido por las más altas influencias y adulado por todos, lo mismo hombres que mujeres, pues poseía un secreto de Estado, y ya se sabe el interés que inspira la persona dentro de la que hay algo que queremos averiguar. ¡Ya se ve! él, por su parte, se daba todo el aire de un profundo diplomático, encerrándose en una reserva sospechosa, eludiendo las preguntas y dejando caer palabras huecas, para que cada uno las llenara como mejor le pareciera. Era, por lo tanto, el hombre de moda en los salones de la embajada inglesa. Y no es inverosímil que aquella brillante concurrencia se equivocara acerca de la importancia del joven secretario; porque él mismo, allá en sus adentros, se creyó muchas veces un *Fitt*, y el mismo embajador inglés llegó á sospechar si en efecto habría algo.

Mas por la inconstancia propia de toda popularidad, se vio repentinamente abandonado de la atención pública: los semblantes que lo circulan, suspensos de sus palabras, le volvieron la espalda para mirar á otra parte, movidos por un murmullo general que venia propagándose de salon en salon; se encontró enteramente solo, y hubo un momento en que nadie le hizo caso.

¿Quién eclipsaba de aquel modo la gloria de su celebridad verdaderamente inglesa...? ¡ Parece mentira! la eclipsaba la gloria de una celebridad soberanamente española. ¿Quién se atrevería á competir con el gran hombre? Esto es más creíble: una hermosa mujer.

Margarita acababa de entrar en los salones como ella misma se había soñado: *resplandeciente de hermosura, radiante de fausto; vencedora é invencible*. Había en

su mirada rayos de una claridad deslumbradora, y ofrecía su sonrisa tal dulzura, que era imposible sentirla y no saborearla; su faz graciosa aparecía iluminada por dos tonos de luz distintos, como suele verse en el cielo de los países meridionales en días de tormenta, pues llevaba en sus ojos los relámpagos de la tempestad, y en sus labios el arco-iris. Semejante al enviado de Roma ante los senadores de Cartago, proponía del mismo modo la paz ó la guerra.

Nuestro inglés, al verla, no pudo evitar una exclamación involuntaria, y se quedó contemplándola con la boca abierta y los ojos pasmados. Mas no tardó en advertir que había cometido una falta grave admirando á una mujer, sin duda alguna admirable, pero que al fin y al cabo no era *lady* ni *miss* siquiera. Por otra parte, le ocurrió la siguiente duda: ¿me sería permitido admirarla sin haber sido previamente presentado...?

Entre tanto, Margarita cruzaba los salones, dejando en pos de sí la alfombra de flores que la más fina galantería echaba á su paso. Realmente se hallaba en el esplendor de su gloria, y la brillante multitud se agolpaba ansiosa á su alrededor, por verla, por saludarla, por sonreirla. Un observador curioso hubiera advertido en ella dos pormenores insignificantes, á saber: cierta inquietud interior que no la dejaba quieta en ninguna parte, y una ligera sombra de mordacidad en sus palabras.

Al pasar de un salón á otro, asida del brazo de la baronesa de C., que orgullosamente la acompañaba en su triunfo, se encontró manos á boca con un joven que iba á entrar al mismo tiempo que ella salía; él retrocedió un paso, se inclinó con exquisita cortesía y la dejó pasar. Era un hombre, al parecer de

treinta años, de semblante noble y varonil, de expresión enérgica y dulce, de mirada franca y sonrisa fina. Margarita lo había visto ya muchas veces entre la concurrencia que llenaba los salones, pero nunca le había tenido tan cerca. Eca el único que entre tantos admiradores se mostraba indiferente á los encantos de su resplandeciente belleza; era el único que no había ido á rendir la mirada atónita ante el imperio de su triunfante hermosura; y, hay que decirlo, semejante excepción la mortificaba mucho.

Margarita pasó delante de él con la frente erguida, y el rayo de sus ojos fué á quebrarse en la mirada tranquila del joven.

Los celos son atmas terribles que las mujeres saben esgrimir con fúesta destreza, y no hay una que, humillada en su amor ó en su vanidad, no intente herir con ese puñal envenenado.

Hasta entonces la señorita de Miramar no había hecho preferencia alguna; sus favores, equitativamente repartidos entre todos, á todos les dejaba iguales y todos quedaban contentos, porque, en rigor, ninguno podía decir: «Yo soy el preferido.» Mas comprendió, sin duda, que necesitaba elegir un rival, uno, con que poder herir el rostro indiferente de aquel hombre inaccesible.

¡Uno...! pero ¿cuál...? ¡Raro capricho de la aritmética de su corazón...! entre tantos no encontraba uno: hasta allí su vanidad victoriosa no había hecho más que sumar cortesanos; pero desde aquel momento su orgullo ofendido empezaba á restarlos, sin encontrar un hombre que oponer á otro hombre. No debía salirle la cuenta, porque se quedó pensativa,

con ese aire particular del poeta que busca un consonante que no esté en el Diccionario.

El embajador inglés la sacó del abismo de sus pensamientos acercándose á ella y pronunciando, en medio de una larga reverencia, las siguientes palabras:

—¡Señorita! Con vuestro permiso, os presento á mi honorable colega, marqués de..., digno representante en Inglaterra de la diplomacia española.

—¡Ah, señor! le contestó Margarita haciendo otra reverencia no tan larga, aunque mucho más graciosa; me proporcionais la ocasión de conocer á una persona cuya importancia llena en estos momentos vuestros salones, y os agradezco el honor que me dispensais.

Y dirigiéndose al marqués, que se inclinaba como abrumado bajo el peso de aquella lisonja, le dijo:

—No crea usted, caballero, que vamos á ser muy amigos; sé que es usted furiosamente inglés, y hé aquí que yo soy desafortunadamente española.

—¡Oh! exclamó el joven diplomático: sería una temeridad desastrosa romper las hostilidades con tan bella potencia; me abandonarían en la lucha todos los gabinetes de Europa, y desaparecería del mapa. Antes bien, si usted desea conquistarme, desde ahora depongo las armas, y me declaro sometido.

Margarita le contestó:

—No permita Dios que yo viole de ese modo el derecho de gentes; sería una usurpación escandalosa arrebatarse á la noble Inglaterra la admiración de un hombre tan distinguido.

No he podido averiguar si el secretario tomó estas palabras al pié de la letra ó les dió un sentido irónico que acaso no tuvieran; ello es que replicó:

—Bien: en ese caso me atrevo á proponer una alianza.

—Eso es otra cosa, dijo Margarita; mi diplomacia es leal y confieso que la alianza me conviene; no veo inconveniente en ello: aliémonos.

Media hora después la señorita de Miramar, apoyada en el brazo de su aliado, entraba en el *buffet*.

No le faltaba á la súbita celebridad del diplomático más que la preferencia de Margarita, para que llegara á ese punto crítico en que acaba la admiración y empieza la envidia. Preferencia bien cruel, porque si hasta entonces había sido envidiable, desde aquel momento empezaría á ser envidiado.

Sólo un hombre había allí que permanecía indiferente á tan codiciado triunfo.

Este hombre, sobre quien la señorita de Miramar quería ejercer á todo trance el influjo de sus seducciones, y contra el que había elegido al afortunado marqués como un arma de combate, los había visto pasar una y otra vez por delante de sus ojos como quien vé la cosa más natural del mundo, sin embargo de que allá en el fondo de su alma sólo Dios sabe lo que pasaría.

Una de estas veces los siguió con triste mirada, y, si me es permitido traducir la expresión de su rostro, diría que los miraba con lástima; mas sintió inesperadamente sobre el hombro el peso de una mano amiga, y volviéndose, exclamó con afable sonrisa:

—¡Hola..., Montero!

Montero tenía cuarenta años, largos bigotes, aspecto marcial y aire decidido. Jugador furioso y duellista impertérrito, su duro y su espada estaban siempre dispuestos para un albur y para un lance. No conta-

ba ciertamente con la fortuna del más ínfimo banquero; pero contaba con la fortuna de un buen tirador; pedía y daba dinero lo mismo que daba y pedía satisfacciones. Daba generosamente lo que le debían por lo que no pagaba, y vivía como los grandes hombres de su fama.

Enemigo perpetuo de todo gobierno, era, por lo tanto, un conspirador permanente; había tomado su inquietud por opinión, y no encontraba la felicidad de la patria, porque no encontraba la suya. Tenía parte en todas las rebeliones; la tenía y la tomaba. Unas veces por años y otras veces por otros, su vida pública era una serie de sublevaciones, y su vida privada una conspiración continua. Sin embargo de tantos sacrificios hechos en aras de la patria, no había podido pasar de coronel, porque la fortuna suele algunas veces olvidarse del mérito más reconocido, y de las más brillantes cualidades. Este militar, tantas veces exonerado, era capaz de matar en desafío á medio mundo en nombre del honor.

—Sí, dijo: hace cinco días que nos conocemos, y cuatro que nos tuteamos; te debo la vida, lo cual no es deberte una gran cosa; pero el caso es que, si no eres tan listo, aquellos malditos caballos me hacen harina. Pues bien: desde ese día soy tu amigo de corazón; te he visto aquí hecho una estatua, con la boca abierta como un niño á quien se le escapa el pájaro que tenía en la mano, y he venido á repetirte que soy tu amigo. ¿Me entiendes?

El joven á quien el coronel Montero hablaba de este modo manifestó, encogiéndose de hombros, que no le entendía.

—Vamos, continuó; puesto que no quieres entenderme, me explicaré: ese inglesito que tan triunfal-

mente lleva del brazo á la señorita de Miramar, te revienta.

Su interlocutor fué á interrumpirlo; pero le puso la mano en la boca, y añadió:

—A ti te revienta, y á mí también. Es un danzante que ha hecho su carrera sirviendo á todos los Gobiernos. Primero fué agente de la policía secreta, después amante de... ya sabes de quién hablo, y ahora le tienes de primer secretario en Londres.

—Tu lengua, advirtió el joven, es tan temible como tu espada.

—Sé positivamente, prosiguió, que trae de Inglaterra la lista de todos los que conspiran en España: es un delator infame.

—Lo he oído decir; pero yo te pregunto: ¿es posible eso?

—Y tan posible! Como que el núcleo de la conspiración está allí; y si nos han vendido...

—Verdaderamente, le replicó su amigo, que vuestro destino es bien triste; si conspirais, es porque os compran; si os descubren, es porque os venden. Yo quisiera saber si es más honroso ser conspirador que negro de Guines.

—Tú no eres hombre político, replicó el coronel, y no entiendes de estas cosas.

Durante el curso de la conversación se habían ido acercando á la puerta de un gabinete, pequeño museo en donde el embajador, por gusto y por lujo, había reunido en cuadros y en estatuas, en copias y en originales, preciosas obras de arte.

Montero fué detenido en la puerta por un corro de personas conocidas, en el que al parecer se hablaba, y en realidad se mordía. Su amigo entró en el gabinete, y se sentó en el extremo de un divan, entre-

gándose á la contemplación de los bellos objetos que se ofrecían á su vista. Muy pocas personas se veían en este aposento, porque el foco de la concurrencia se hallaba en el salón del baile; lo cual hacía más cómoda allí la estancia del jóven, que, si no era artista, mostraba por lo ménos afición al arte.

La historia del hombre se presentaba á sus ojos bajo la forma de dos mujeres. Admiraba en un ángulo del gabinete la estatua mutilada de la Vénus de Médicis, al mismo tiempo que llenaba su alma la celestial belleza de la *Perla* de Rafael. Vénus, ni madre ni virgen; María, virgen y madre. Vénus, deleite de los dioses y de los hombres; María, gloria del cielo y de la tierra; Vénus, hija de Júpiter; María, madre de Dios. Veía la mujer que nos pierde y la mujer que nos salva. Admiraba en la estatua la belleza humana, y adoraba en el cuadro la belleza divina. La estatua le mostraba la pureza de los contornos; el cuadro le infundía la pureza del alma. Veía en la estatua pagana lo que hay de mortal en el génio del hombre; veía en el cuadro cristiano lo que hay de eterno en el espíritu humano, y sacaba estas dos conclusiones: ¿Qué es la Vénus de Médicis...? Una bella mujer. ¿Qué es la *Perla* de Rafael...? Una santa familia.

Entre la estatua y el cuadro habia una puerta que comunicaba con una galería de cristales, verdadero invernáculo donde al calor de las estufas se despe rezaban soñolientas las plantas más raras y las más bellas flores. En aquella puerta aparecieron la radiante señorita de Miramar y el marqués afortunado: el jóven, sorprendido, los miró un momento, y volvió tranquilamente á sus meditaciones.

—¡Bravo! exclamó élla entrando; este gabinete

es un precioso templo consagrado al arte. Convengamos en que los ingleses no tienen génio; pero reconocamos que tienen buen gusto.

El marqués se atrevió á replicar:

—Señora... ¡y Shakespeare, y Sheridan, y Byron, y Walter Scott...!

—Caballero, contestó Margarita: el génio no tiene patria; pero la patria menos visitada por el génio sublime del arte, es Inglaterra.

Deciendo esto, se desprendió del brazo del inglés, y comenzó á examinar los cuadros que cubrían las paredes, hasta volver la espalda al jóven, que continuó abismado en sus contemplaciones. Poco á poco fué retrocediendo, como quien busca el golpe de luz conveniente al cuadro que examina, hasta que al fin dijo: «Aquí está el punto de vista,» y se sentó ¡qué casualidad! cerca del hombre que la desesperaba con su indiferencia.

Allí agotó los recursos de la coquetería: se permitió todo lo que la sociedad consiente, en lo cual entra algo que la honestidad no autoriza. Descubrió su preciosa mano; destacó sobre el fondo oscuro del diván su soberbio brazo y sus hombros de Vénus; marcó las más seductoras inflexiones de su talle; el pié, impaciente, asomó bajo las ricas ondas de los finos encajes; estuvo triste y estuvo alegre; habló como una loca, y llegó á reír como una tonta. Pero todo fué inútil: no obtuvo ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, ni siquiera un suspiro.

Aquélla era inaudito: no se parecía á nada. Jamás hubiera creído que pudiera existir un hombre semejante.

Entonces debió renacer en su corazón la sospecha de que era objeto de una burla, pues se levantó aira-

gándose á la contemplación de los bellos objetos que se ofrecían á su vista. Muy pocas personas se veían en este aposento, porque el foco de la concurrencia se hallaba en el salón del baile; lo cual hacía más cómoda allí la estancia del jóven, que, si no era artista, mostraba por lo ménos afección al arte.

La historia del hombre se presentaba á sus ojos bajo la forma de dos mujeres. Admiraba en un ángulo del gabinete la estatua mutilada de la Vénus de Médicis, al mismo tiempo que llenaba su alma la celestial belleza de la *Perla* de Rafael. Vénus, ni madre ni virgen; María, virgen y madre. Vénus, deleite de los dioses y de los hombres; María, gloria del cielo y de la tierra; Vénus, hija de Júpiter; María, madre de Dios. Veía la mujer que nos pierde, y la mujer que nos salva. Admiraba en la estatua la belleza humana, y adoraba en el cuadro la belleza divina. La estatua le mostraba la pureza de los contornos; el cuadro le infundía la pureza del alma. Veía en la estatua pagana lo que hay de mortal en el génio del hombre; veía en el cuadro cristiano lo que hay de eterno en el espíritu humano, y sacaba estas dos conclusiones: ¿Qué es la Vénus de Médicis...? Una bella mujer. ¿Qué es la *Perla* de Rafael...? Una santa familia.

Entre la estatua y el cuadro habia una puerta que comunicaba con una galería de cristales, verdadero invernáculo donde al calor de las estufas se desperzaban soñolientas las plantas más raras y las más bellas flores. En aquella puerta aparecieron la radiante señorita de Miramar y el marqués afortunado: el jóven, sorprendido, los miró un momento, y volvió tranquilamente á sus meditaciones.

—¡Bravo! exclamó élla entrando; este gabinete

es un precioso templo consagrado al arte. Convengamos en que los ingleses no tienen génio; pero reconocamos que tienen buen gusto.

El marqués se atrevió á replicar:

—Señora... ¡y Shakespeare, y Sheridan, y Byron, y Walter Scott...!

—Caballero, contestó Margarita: el génio no tiene pátria; pero la pátria ménos visitada por el génio sublime del arte, es Inglaterra.

Diciendo ésto, se desprendió del brazo del inglés, y comenzó á examinar los cuadros que cubrían las paredes, hasta volver la espalda al jóven, que continuaba absorto en sus contemplaciones. Poco á poco fué retrocediendo, como quien busca el golpe de luz conveniente al cuadro que examina, hasta que al fin dijo: «Aquí está el punto de vista,» y se sentó ¡qué casualidad! cerca del hombre que la desesperaba con su indiferencia.

Alí agotó los recursos de la coquetería: se permitió todo lo que la sociedad consiente, en lo cual entra algo que la honestidad no autoriza. Descubrió su preciosa mano; destacó sobre el fondo oscuro del diván su soberbio brazo y sus hombros de Vénus; marcó las más seductoras inflexiones de su talle; el pié, impaciente, asomó bajo las ricas ondas de los finos encajes; estuvo triste y estuvo alegre; habló como una loca, y llegó á reír como una tonta. Pero todo fué inútil: no obtuvo ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, ni siquiera un suspiro.

Aquéllo era inaudito; no se parecía á nada. Jamás hubiera creído que pudiera existir un hombre semejante.

Entonces debió renacer en su corazón la sospecha de que era objeto de una burla, pues se levantó aira-

da, y, cogiendo de nuevo el brazo del marqués, se dispuso á salir del gabinete; pero al llegar á la puerta se detuvo, exclamando:

—¡Ay... mi abanico!

En efecto: se lo había dejado sobre el diván, casualmente cerca de aquel hombre que ya le inspiraba odio; un odio tanto más profundo, cuanto que había llegado á convencerse de que lo amaba.

La exclamación de Margarita hizo que el joven reparara en el abanico, y cogiéndolo con sumo respeto, se dirigió á ponerlo en manos de su dueña; pero élla sin duda esperaba esto, porque apareció en su semblante un gesto de desden tan rápido como expresivo; y clavando en el afortunado diplomático su mirada más imperiosa, volvió á repetir:

—Marqués... mi abanico.

Y el marqués se adelantó á recoger el abanico de las manos del joven que se acercaba; mas éste lo retuvo, diciendo con voz dulce, aire risueño y exquisita flauta:

—Creo, caballero, que la cortesía me obliga á disputarle á usted el honor de poner en manos de la bella señorita de Miramar este precioso abanico, que una feliz casualidad ha puesto en las mías.

El secretario miró á Margarita preguntándole: «¿Qué hago?» Y la respuesta fué un bruceo movimiento que, literalmente traducido, quería decir: «¿Qué impertinencia?» Entonces replicó:

—La cortesía tiene también sus límites muy respetables que no nos es lícito traspasar.

Y diciendo y haciendo, arrebató el abanico de entre las manos del joven, que se quedó inmóvil, frunció el entrecejo y, pálido como un difunto, mientras

el marqués y Margarita salían del gabinete, él satisfecho y élla vengada.

Sólo Montero había presenciado esta rápida escena, y con la cara más feroz que había puesto en su vida, se acercó á su amigo y le dijo:

—¡Dime ahora que el inglés no te revienta!

—No me conoces, le contestó muy tranquilo. Te juro que no abrigo ni el más pequeño resentimiento.

—Pues yo, prorumpió el coronel, te juro que si acertamos á estar en otra parte, ese miserable te devuelve el abanico de rodillas.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Pide.

—No habiemos más de este asunto.

El coronel se atusó los bigotes, se rascó la frente, miró al techo, y al fin dijo:

—Ea, corriente: te lo prometo.

Pasó el resto de la noche sin ningún incidente digno de contarse.

A la hora avanzada en que la concurrencia empezó á disminuir, el secretario de la embajada española en Londres salió á la antesala, donde esperaban los lacayos, á pedir el coche de los señores de Miramar; el coronel Montero iba detrás del secretario, y sucedió que, al volver el marqués precipitadamente á decir á los señores Miramar que el coche esperaba al pie de la escalera, sintió en la pierna derecha, por debajo de la rodilla, un golpe repentino, que se convirtió en un obstáculo insuperable que le hizo perder el equilibrio, vacilar y caer de boca. Los circunstantes se echaron á reír, sin poder contenerse, y el joven diplomático se levantó como pudo en medio de una ruidosa carcajada.

En toda caída hay algo más duro, más insensible,

más cruel que el suelo que nos recibe, y es la risa de la gente que nos ve: risa, por otra parte, tan natural, tan espontánea, tan inevitable, que el mismo que cae se rie siempre que puede.

En otra ocasión hubiera apelado el joven secretario al recurso diplomático de reírse de sí mismo; pero en la ocasión presente tuvo más á la mano la ira que la risa, y más se llenó la medida de su enojo al ver al coronel Montero que, haciendo grotescas reverencias, le decía:

—Mil perdones, caballero, mil perdones.

La risa de los circunstantes estuvo á punto de estallar otra vez; pero la voz airada del marqués la detuvo, diciendo:

—Quisiera saber cómo ha sucedido esto.

Era á Montero á quien se dirigía, y Montero le contestó:

—Es muy sencillo, y creo que va á quedar usted enterado; la cosa ha sucedido así: usted venía al mismo tiempo que yo iba; nuestras piernas derechas se han encontrado en el aire cuando ménos lo esperaban: la mía es más fuerte y usted ha caído.

La cólera del inglés iba en aumento.

—Semejante explicación, replicó, no puede satisfacerme.

—En ese caso, dijo Montero, no veo más que un medio para que usted se satisfaga. También es muy sencillo. Vuelva usted á encontrarme; yo le prometo á usted que tropezaremos, y entonces podrá usted ver por sí mismo cómo caen los que tropiezan conmigo.

—Eso es ponerse en razón, contestó el inglés; el medio me parece excelente, y aseguro que no perderé la ocasión de hacer la experiencia.

Pronto circuló por los salones de boca en boca y de oído en oído, la siguiente especie: «el inglés tiene un lance,» y algunos añadían el sitio, la hora, las armas y los testigos que habían de intervenir por una y otra parte.

La baronesa de C. cogió al vuelo todos estos detalles, y, acercándose á Margarita y bajando la voz, le dijo:

—Querida mía, tu inglés *per sang* se bate mañana.

Margarita se irguió como debió erguirse Inglaterra cuando supió que Napoleón estaba vencido. Sin embargo, no pareció inquieta, y preguntó:

—¿Un duelo...? ¿Y por qué?

—Por nada, por cualquier cosa: las mujeres por todo lloramos, y los hombres se baten por todo. Imagínate que el marqués, ciego con el triunfo que le has proporcionado, tropieza *tête à tête* con el primero que encuentra, y, sin que nadie pueda impedirlo, se le van los pies y cae de boca: los circunstantes se rien, él se acalora, el otro contesta, y *tableau*.

Pero no te inquietes, añadió; será un duelo á primera sangre: habrá un arañazo, y asunto concluido.

Cualquiera otra mujer á quien se le hubiera dicho: tu inglés se bate, habría preguntado: ¿con quién? pero Margarita no hizo semejante pregunta, porque... ¿con quién había de ser? No obstante, preguntó:

—¿Y te parece el suceso enteramente casual?

—Puede que nó. La envidia es mala; hay muchos que te adoran; tú has distinguido al marqués, y... pero no pienses en éllo... ahora caigo; no puede ser: *n'est pas possible*.

—¿Por qué?

—Porque el otro es un insigne calavera, *sprit fort*, incapaz de sentir nada por ninguna mujer.

Margarita se puso pálida como la cera.

—Tú, prosiguió, debes conocerle; estoy segura de que le conoces.

Margarita se puso encarnada como una ampolva.

—¡Yo...! dijo.

—Tú, insistió la baronesa, ¿Quién no conoce al coronel Montero...? ¡Es tan *remarcable*...

En esto se aproximó el señor de Miramar; su hija le cogió del brazo, le aseguró formalmente que estaba muy cansada, y decidieron retirarse.

Entre tanto, el hombre inaccesible lo mismo á las seducciones que á los ultrajes de Margarita, parecía dominado por una inquietud repentina. Con el aire distraído del que busca lo que no encuentra, recorrió los salones, indagó en las antecámaras, registró la galería de cristales, fué al *buffet*, volvió al salón del baile, y todo inútilmente.

La concurrencia empezaba á desaparecer, la fiesta se extinguía poco á poco como una luz que se apaga, y todavía hizo nuevas indagaciones; pero fueron las últimas, porque corrió apresuradamente al *guardarropa*, tomó su abrigo y se lanzó á la escalera.

Al bajar los primeros escalones distinguió al coronel Montero en la puerta, pronto á desaparecer en la calle, y lo llamó con voz vigorosa. El duelista se detuvo esperando á su amigo.

Hé aquí lo que hablaron:

—¿Has provocado á ese hombre?

—Sí.

—¿Vas á matarlo?

—Sí.

—¿Y te parece bien? ¿Te parece justo?

—Sí.

—Vamos á cuentas. ¿No es á mí á quien ha ofendido arrancándome de las manos el abanico de la señorita de Miramar? Contesta.

—Amigo mío, prometí no hablar más de semejante cosa, y no hablaré, aunque me hagas pedazos.

Llegaron á una de las esquinas que en ángulo recto forma el palacio de la Embajada, y allí se detuvieron ambos, pensativos, silenciosos, sombríos.

Un oficial subalterno, cuyo uniforme anunciaba á un ayudante de campo, se les acercó de improviso, y, saludando militarmente, dirigió á Montero estas palabras:

—Mi coronel... Debe V. S. presentarse inmediatamente en la capitania general... Es la orden que traigo.

—¡Hola, hola...! exclamó Montero: ya... ya lo comprendo: lo esperaba, aunque no tan pronto. Está bien, está muy bien. Caballero oficial, iré, porque no sé huir, ni cuando me prenden.

Y volviendo á su amigo, añadió rechinando los dientes:

Aquí tienes la mano traidora de ese delator infame. ¿Sabes lo que es esto? Un viaje de recreo en que voy á probar todos los medios de locomoción. Mira el itinerario: desde aquí á la capitania general, á pié; de la capitania general á las prisiones de San Francisco, en coche; de las prisiones de San Francisco á Cádiz, en ferro-carril; de Cádiz á Canarias, en vapor. Ya ves que conozco el camino, lo cual probará que sé volver. Pero mañana ese cobarde diplomático se reirá de mí, irá al terreno y yoaltaré... ¡Oh...!

Y alzaba las manos y apretaba los puños, porque

en su furor, no pudiendo batirse con un hombre, desafiaba al cielo... y preguntaba:

—¿Es esto justo?

—Sí, le contestó su amigo.

—¿Te parece bien?

—Sí.

—¿Te niegas?

—Sí.

—No me sorprende, replicó bufando de cólera; reconozco tu derecho... y si yo no pudiera ir... hablaríamos... Pero iré aunque el cielo se hunda; no hay centinela que me detenga, ni prisión que me sujete; si me fusilan, te juro que iré después de fusilado; el coronel Montero es capaz de resucitar para batirse. Ahora, señor ayudante, estoy á vuestras ordenes.

El oficial lo siguió á una distancia respetuosa, guardándole todo género de consideraciones. Y yo pregunto: ¿porqué era un coronel ó porqué era un conspirador?

Así acabó el famoso baile de la embajada inglesa.

II

EL DUELO

¿No conocen ustedes el saloncito azul de los señores de Miramar?

Pues es el más modesto rincón de la casa. Allí el piano, abierto como una boca que sonríe, muestra sus teclas de marfil y de ébano; el caballete presenta más allá, con la seriedad de un juez, un paisaje recién concluido, en el que real y verdaderamente la tierra se confunde con el cielo: en este lado una lujosa jardinera deja ver sus verdes hojas y sus menudas flores; en el otro, un precioso escritorio de pulido santo; en medio un velador, cuyas molduras descubren lo macizo de la esoba; cuatro estantes pequeños, que más parecen de encaje que de madera, encierran libros selectos ricamente encuadrados; anchos espejos cubren los recuadros de las paredes, multiplicando la luz, el espacio, los muebles y las personas; una limpia chimenea de pulido mármol temple suavemente con su fuego el aire que se respira; jarrones de porcelana ostentan sus vivos colores, y alzan sus elegantes brazos ricos candelabros de severo bronce. Y todo ésto se destaca sobre el

fondo azul que forman el divan, las butacas, los sillones, la alfombra y las cortinas. Es la pieza donde la familia toma café despues de comer, y donde no entran más que los amigos de confianza.

Algunos de éstos se hallaban reunidos en el salon azul la noche siguiente al baile de la embajada inglesa. El duquesito, con su voz de tiple, y César, con su voz de bajo, entretenian á los demás amigos sosteniendo una disputa que, como todas, parecia interminable.

La señora de Miramar, que habia dormido poco la noche anterior, y habia comido muy bien aquella noche, mostraba, por el aire meditabundo de su semblante, que no era insensible á las tentadoras seducciones del sueño. Margarita, por el contrario, escuchaba con particular atención á uno y á otro: circunstancia que vivaba el calor de la contienda, porque ninguno de los dos habia obtenido nunca un honor semejante. Los demás se permitian de vez en cuando alguna exclamacion, inclinándose, ya en favor del uno, ya en favor del otro, segun los incidentes del debate; pero en rigor, se puede decir que oian y callaban.

El duque hacia uso de la palabra en los siguientes términos:

—Yo aseguro, y ésta es la cuestion, que el marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Demonio! ¿Qué inconveniente hay en creer ésto?

Y César replicaba:

—Uno solo; á saber: que el caso no tiene precedente; que está, por lo tanto, en oposicion con la historia, y que además es absurdo. En primer lugar, Montero cuenta en su hoja de servicios más de veinte desafíos, y no se ha dejado herir en ninguno.

¿Es creible que haya ido á dejarse matar en éste? El duque se llevó las manos á la cabeza, y César continuó:

—Poco á poco, que todavía no he concluido. ¿Qué quiere decir un duelo á primera sangre? Claro está: un duelo en el que no ha de morir ninguno. Las condiciones de un lance son sagradas, como las deudas del juego: un desafío es un contrato bilateral que no puede romperse ni alterarse sino por el mútuo convenio de las dos partes. Se me dirá que uno de los dos puede (el *posse* nadie lo niega) violar el convenio y matar á su contrario; pero entonces ¿quién lo duda? el muerto tiene opcion evidente, incontestable, á una reparacion completa. En resumen: el duelo de que se trata era un duelo á primera sangre, y por lo tanto no ha podido causar la muerte de ninguno de los dos combatientes. Este es el derecho. Mas si alguno, por flagrante violacion del contrato, resulta mortalmente herido, por fuerza el marqués es el muerto. Esta es la historia.

Los circunstantes se miraron arqueando las cejas. Querian decir: ¡Oh, oh, será ministro!

—Bueno, replicó el duque; yo no desconozco tu talento, ni niego tu erudicion; pero ¡canario! yo sé que el diplomático ha atravesado de una estocada el pecho de su contrincante. Esto se cuenta en el café, de donde yo vengo; ésto se repite por todas partes. Ya sabemos que Montero es un duelista consumado: corriente, ¿y qué? Mi maestro de esgrima dice que hay una estocada imprevista, desconocida, que es la que mata siempre á los grandes tiradores; y en el caso presente... ya ves... la cosa es clara... No tiene vuelta de hoja.

—Empequeñeces la cuestion, dijo César, encer-

rando el debate en una sala de esgrima. No es éso: hay que mirar más alto. Se trata de un duelo entre un bizarro coronel y un secretario de embajada, y disputamos acerca de quién es el vencedor, y quién el vencido. Pues bien, yo pregunto: ¿dónde la diplomacia ha vencido á las armas...? Cuando hablan los cañones callan los protocolos... Los nudos más diplomáticos los corta siempre la espada de un Alejandro... ¿Qué valen las notas ante las balas...? ¿Qué significan una batalla ante un ejército...? ¿Qué es una conferencia ante una batalla...?

— ¡Ah...! ¡Ah...! exclamó el duquesito con el punto más agudo de su voz de tiple, y poniéndose de pie como impulsado por un resorte. Veamos ésto: ¿qué es una alianza? Una gestión diplomática, un protocolo.

¿Quién fué Napoleón...? El capitán del siglo. ¿Dónde acabó el Imperio...? En Waterloo. ¿Qué fué Waterloo...? El triunfo de la alianza, del protocolo... de la diplomacia sobre el capitán del siglo... ¡Caramba...!

Dijo, y cayó desplomado sobre su asiento, como si la fuerza expansiva de la réplica lo hubiera tirado de espaldas.

La señora de Miramar abrió los ojos para volver á cerrarlos; Margarita se sonrió, y todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Pero César llevaba un nombre glorioso y no se dejaba vencer fácilmente.

— ¡Oh, oh...! prorumpió, imitando las exclamaciones de su adversario. No nos dejemos deslumbrar por la falsa luz del sofisma. Víctor Hugo, que ha recorrido recientemente el campo del combate; que ha examinado hasta sus más pequeños accidentes;

que ha podido contar las señales de las balas en las paredes y en las piedras; que ha visto las huellas de sangre, el rastro de los escuadrones, los surcos de la artillería, y hasta parece que ha oído los gritos de los combatientes, asegura que la batalla de Waterloo no la ganó nadie.

— Sí, sí, advirtió el duque; pero no hay que olvidar que allí cayó el Imperio.

— El Imperio, insistió César, vive todavía, mientras que los tratados del año 15 ya no existen; pero pregunto: los treinta mil prusianos que llegaron á Waterloo en los momentos críticos, ¿eran secretarios de embajada?

— Ahí tienes, contestó el duque, la estocada imprevista, la estocada desconocida que mata siempre á los grandes tiradores.

Se sabe dónde empieza una disputa, más es muy difícil averiguar donde concluye; y es que las disputas no concluyen; se suspenden, se interrumpen, se cortan, pero no acaban. Dos hombres disputando son dos líneas paralelas, que marchan siempre á igual distancia, sin encontrarse nunca.

Un crinido detuvo la palabra, pronta á salir de los labios de César. Entró llevando en la mano varios periódicos, que colocó respetuosamente sobre el velador de caoba.

— Veamos, dijo Margarita, si los periódicos nos dan más luz que estos señores.

El que se hallaba más inmediato á la mesa cogió uno, y comenzó á hojearlo: en la penúltima plana debió encontrar lo que buscaba, pues exclamó:

— Oigan ustedes lo que dice *La Correspondencia*:

« Por desgracia, no ha sido feliz el resultado del lance pendiente entre un conocido militar y un dis-

tinguido diplomático, pues hay que lamentar una herida ligera, bastante grave, entre el pulmón izquierdo y el pericardio, que tiene más de dos pulgadas escasas de profundidad. La ciencia se propone hacer nuevas investigaciones con la autopsia del cadáver del enfermo, que ofrece muchas esperanzas de salvación.»

Todos quisieron hablar á un tiempo; pero Margarita se anticipó preguntando:

—¿No dice más?

—Sí, contestó el que leía: aquí veo otro párrafo, que es el siguiente:

«Sabemos de un modo positivo que los cuatro testigos son españoles, excepto un francés. Altos respetos nos obligan á callar sus nombres, que ya corren de boca en boca.»

—Hubo un momento de silencio, que César cortó reanudando la disputa en estos términos:

—Tenemos que el lance se ha verificado.

—Eso es lo que yo sostengo, advirtió el duque.

—Tenemos además una herida.

—Cabalmente ésa es mi afirmación.

—Estamos conformes...; mas... ¿quién es el herido...?

—*That is the question.*

El debate iba á empezar de nuevo; mas el que tenía el periódico en la mano se interpuso, diciendo:

—¡Eh, señores! que todavía no he concluido, y me parece que van ustedes á quedar iguales... No hay duelo, ni herida, ni testigos... nada... ni siquiera autopsia.

—¡Cómo...! ¡cómo...! exclamaron todos.

La misma *Correspondencia* contestará á ustedes. Hé aquí sus palabras:

«Competentemente autorizados podemos desmentir á última hora los rumores que circulan acerca del lance de que tanto se habla. Las dignas autoridades de Madrid, con un celo admirable y un tacto exquisito, han intervenido en el asunto, haciéndolo imposible.»

Mientras escuchaban la lectura de estos renglones, un nuevo personaje se introdujo en el salón, que, viendo al duque estupefacto, á César triunfante, y á los demás mudos, dijo:

—Vamos, será preciso que yo rectifique esa noticia, para que seigan ustedes de dudas: ha habido duelo, herida y testigos.

El duque vió el cielo abierto, y preguntó:

—¿El coronel es el herido...?

—No, fué la respuesta que obtuvo.

—Luego es claro, dedujo César, que la víctima es el diplomático.

—Tampoco, replicó el recién llegado. El marqués saldrá esta noche para Inglaterra, y Montero habrá salido ya para Cádiz.

Todos soltaron la carejada.

—¡Ah! exclamó la señorita de Miramar con evidente mal humor. Esto es insufrible: una cosa tan seria se está convirtiendo en asunto de risa.

—Yo hablo formalmente: he sido testigo del lance; vengo de cumplir mis últimos deberes; y si el caso es raro, irregular, extraordinario, no es por eso menos triste.

Margarita le interrumpió diciendo:

—Pues acabemos de una vez, y sepamos lo que ha sucedido, si por ventura es posible saberlo.

Los circustantes tomaron las actitudes más cómicas.

das que pudieron encontrar, y el recién llegado dió principio á su relato de esta manera :

— La cita era á las cinco de la tarde en el Canal. El sitio destinado ántes á los suicidios, bien podía servir ahora para un duelo, porque al fin... ¿qué más da? A las cinco ménos tres minutos estábamos en el terreno el marqués, su otro testigo y yo; y, la verdad, los tres nos encontrábamos preocupados: el marqués porque iba á batirse, y eso siempre preocupa, y nosotros porque, conociendo á Montero, no dábamos un cuarto por la vida del diplomático. Sabíamos que el coronel se hallaba desde la madrugada detenido en las prisiones militares: pero sus testigos nos habían asegurado que acudiría á la cita, y nosotros contábamos con su audacia y con su influencia, seguros de que no faltaría á la palabra empeñada. Eran ya las cinco en mi reloj, y nadie parecía; podíamos retirarnos, porque nuestro compromiso estaba cumplido. Yo iba á proponerlo, cuando un ruido lejano me heló la sangre. A los pocos instantes vimos llegar un coche, que se paró junto al nuestro: tres personas se apearon, y ninguna de ellas era Montero, y, francamente, respiré.

Aquí hizo una pausa, que los oyentes aprovecharon para colocarse más cómodamente en sus asientos, y prosiguió :

— De las tres personas que salieron del coche, dos eran los testigos del coronel; la otra no la conocíamos. Los primeros vinieron á buscarnos, mientras el desconocido permaneció junto al coche. «¿Qué ocurre?» pregunté á los que llegaban. — «Ocurre, contestó uno de ellos, que el coronel Montero ha intentado escalar su prision, ha querido atropellar al centinela, ha bramado como un toro, ha rugido como

un león, y todo ha sido inútil: en una palabra: no ha podido venir. — En ese caso, dijo mi compañero, firmaremos un acta, y asunto concluido, á lo ménos por ahora. — Poco á poco, replicó el otro testigo; Montero no falta nunca á estas citas, y si no traemos su brazo, traemos su espada. » Mi compañero y yo nos miramos, llenos de estupor, sin saber qué pensar; pero el que hablaba nos sacó pronto de dudas, añadiendo: «Aquel caballero que ven ustedes allí, viene á ocupar su puesto. — ¡A batirse por él! exclamamos llenos de asombro. — Ni más ni ménos, contestó: es cosa convenida entre ellos y aceptada por nosotros. — Pero ésto, le advertí, es inusitado. — No lo niego, me dijo con la mayor indiferencia. » Yo pregunté: «¿Y si el marqués no admite semejante sustitución? — ¡Qué lo hemos de hacer! me contestó; declararemos muy formalmente que ha rehusado batirse, y el coronel, más tarde ó más temprano, aquí ó en Londres, arreglará esta cuenta. » Nosotros consultamos con el marqués, que se encogió de hombros, dejando el caso á nuestra decision. El adversario que se nos presentaba no podía ser tan temible como Montero, y ésto era siempre una ventaja. Por otra parte, corría el rumor de que el coronel había sido preso por una delacion de su contrincante; y esta calumnia, muy en boga, hacía más delicada la posición del marqués. Además, el lance quedaba pendiente: el coronel no lo dejaría de la mano, y el encuentro podía ser atroz, cuando era probable que todo quedara allí terminado por un rasguño. En los duelos, la cuestión es batirse: con quién, importa poco; el sustituto presentaba todo el aspecto de un caballero: lo enviaba el coronel, y venía bajo la garantía de sus testigos. Volverse á Madrid sin haber

cruzado las armas habiendo sido adversario, era exponerse á los tiros de la maledicencia y del ridículo; porque la sociedad, que se horroriza del duelo y se indigna contra los que se batan, se mofa de los que no quieren batirse. Todo lo pensamos, y al fin nos decidimos.

Llegaba el relato al punto más interesante; así es que cada uno se dispuso á prestar una atención más viva. Hasta la señora de Miramar dió una vuelta en su butaca. La narración prosiguió de este modo:

—El desconocido que sustituyó al coronel Montoro, joven de airosa presencia y de noble fisonomía nos saludó cortesmente al acercarse. Yo le puse la espada en la mano, y, al empuñarla, conocí que no era la primera vez que la cogía; sobre todo, al caer en guardia, no pudo ocultar su aplomo y su destreza. Juraría que el marqués y él se saludaron como dos personas que se han visto otra vez. Ambos permanecieron un momento contemplándose, y al parecer, ninguno de los dos quería ser el primero en atacar, hasta que al fin el marqués se fué á fondo con una estocada repentina, como un rayo que se desvaneció en el aire. El diplomático acometía bien, pero el desconocido paraba mejor. Dos veces la espada del marqués pasó rozando el hombro de su contrario, trazándose en el semblante de éste un gesto que parecía decir: «¡Qué lastima!» Así siguió el combate diez minutos más: el marqués acometiendo siempre; el otro no haciendo más que defenderse. No sé lo que sucedió, y si lo sé, no acierto á describirlo: el caso es que de repente la espada del diplomático brilló como una centella; el desconocido dió un paso atrás vaciló, y cayó de espaldas.

—¡Estaba herido...! exclamó Margarita con una voz que sus amigos no la habían oído nunca.

—Sí; herido, gravemente herido; tenía casi atravesado el pecho y arrojaba un torrente de sangre. Se le hizo la primera cura; sus testigos y yo lo colocamos en el coche, y con todas las precauciones necesarias lo llevamos á su casa. Allí... ¡qué cuadro! señores ¡qué cuadro! Una señora, con el rostro más dulce que he visto en mi vida, salió á recibirnos en la escalera: al vernos dió un grito que debió arrancarse de sus entrañas, y con un acento que todavía lo oigo, exclamó: ¡Hijo de mi corazón... me lo traen ustedes muerto! Había tan amargo y tan justo reproche en sus palabras, que no supimos qué decirle. Aquella madre, anegada en llanto, nos ayudó á llevar á su hijo. Ella le desnudó; ella misma le colocó la cabeza sobre las almohadas, y le besó en la frente, ahogando los sollozos que hervían en su pecho. El moribundo pudo coger la mano de su madre, y la llevó penosamente á sus labios, mientras ella decía: «Hijo de mi alma, ¡qué sola me vas á dejar en el mundo...! Yo he presentido tu desventura...» Y alzando los ojos con expresión inefable, añadió: «Era mi gloria, mi único consuelo, toda mi alegría; pero cúmplase, Señor, tu divina voluntad.» Lo confieso; ante aquella pena inmensa, ante aquella santa resignación, sentí desprecio de mí mismo, y salí de allí porque se me saltaban las lágrimas. En la pieza inmediata encontré al médico, que, trasluciendo en mi ademán la pregunta que iba á hacerle, me contestó: «Mal, muy mal; en estos casos no se pierde nada con ponerse en lo peor.» La desolada madre había salido detrás de mí, y pudo oír las palabras del médico. «No hay que perder la esperanza, dijo; si la

ciencia no hace prodigios, Dios hace milagros. Y cayendo de rodillas á los piés de un hermoso crucifijo que tenia delante, la oimos decir distintamente: « Perdonadla, Dios mio, perdonadla, como yo la perdono. » Las madres ven siempre en las desgracias de sus hijos, la mano traidora de una mujer execrable. Se habia llamado un sacerdote, y acababa de entrar en la pieza donde nos encontrábamos. La señora, al verlo, lo cogió de la mano y lo condujo apresuradamente al cuarto de su hijo, y él la siguió pronunciando estas dulces palabras: « ¡Valor, hija mia, valor! » Yo no pude más; me lancé á la puerta, me precipité por la escalera, y salí á la calle con el alma hecha pedazos. Esto es lo que ha sucedido.

Concluido el relato que acabo de copiar, reinó un profundo silencio, que ni César ni el duque se atrevieron á interrumpir. Margarita fué la primera que habló, y lo hizo levantándose bruscamente y diciendo: —Señores, perdonen ustedes esta impertinencia, pero me siento mal, y me retiro. Suplico á ustedes que no se muevan: mi madre se alarmaría y no hay motivo para asustarla.

Sin dar tiempo á observacion ninguna salió del salon, y sin llamar á nadie se encerró en su cuarto.

Los amigos intimos se quedaron suspensos, pero no observando ruido ni movimiento que atestiguaran la realidad de una dolencia repentina, se tranquilizaron. No era la primera vez que la señorita de Miramar se retiraba de aquel modo: la niña mimada solia aburrirse de sus intimos amigos, y cualquier pretexto le servía para dejarlos con la boca abierta.

Ellos estaban acostumbrados á estas irregularidades de su carácter, que, despues de todo, les parecian encantadoras. Así es que, sin la más ligera inquietud,

se fueron retirando unos despues de otros muy discretamente.

Al salir los últimos, iba diciendo César:

—¿Ves, querido duque, cómo el coronel Montero se halla bueno y sano, sin herida grave ni leve? No podia ser otra cosa: mi tesis tiene una fuerza incontrastable.

—Pero ¡canastos! replicaba el duque; el marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Caracoles! Ese era mi tema.

Quando la señora de Miramar se despertó, estaba sola.

III

LOS DOS

Tenemos á la vista dos cartas interesantes, cuya lectura es necesaria para el cabal conocimiento de la presente historia, que he intentado referir del modo más breve que me ha sido posible... por supuesto, dejando siempre al lector en completa libertad de añadirle lo que le falta, y de quitarle lo que le sobre.

Por el movimiento impetuoso de la letra se conoce que la primera de estas cartas ha sido escrita con la impaciencia de la mano que quiere seguir la rapidez del pensamiento. En algunas palabras faltan las letras finales, como si la pluma hubiera saltado para coger más pronto la idea: en ciertas frases parece que la mano temblaba al escribirlas, y, finalmente, se distinguen sombras ligeras que oscurecen en diversos lugares la blancura del papel, y que podrian tomarse por señales de lágrimas.

El estilo empieza entrecortado, descubriendo en el tumulto de los conceptos la agitación del alma; pero poco á poco se va serenando, hasta que aparece más tranquilo.

Hé aquí esta carta:

« Caballero: La herida que ha recibido usted en el pecho la llevo en mi corazón. Usted ha estado quince días agonizando, y yo hace un mes que no vivo. Óigame usted, porque le hablo por primera vez, y acaso sea la última. Yo he provocado ese duelo maldito, y usted se ha batido por mí. ¡Por mí, que no he sabido comprenderlo...! ¡Justicia divina... lo conozco cuando lo pierdo...! ¡He necesitado que abran su pecho para ver su corazón...! ¿Por qué no condenó usted á un justo desprecio mi insultante ultraje...? ¿Y su madre de usted...? ¡Dios eterno...! Ante esa idea no sé dónde esconderme... Es la forma más cruel que pueden tomar mis remordimientos. Sé que me ha perdonado; sé que pide á Dios que me perdone; pero yo no puedo perdonarme: debo expiar, y expiaré.

« ¿Qué pasa por mí? No acierto á darme cuenta; mas al caer en el abismo de esta desgracia, siento que mi alma se ilumina con los reflejos de una luz suprema. Despues de llorar, veo mucho, veo mejor, lo veo todo; mis ojos se aclaran con las lágrimas y el llanto; este llanto inagotable ha roto la venda que me cegaba.

« La noticia del fatal suceso me hirió como una puñalada; quise llorar, y no pude llorar; me ahogaban los sollozos, y al fin estalló en mi sangre el incendio de la fiebre... Me han tenido en la cama muchos días... Me he visto rodeada de médicos, de medicinas... creían que iba á morir. No sé lo que he dicho en mi delirio; pero veo que no me han entendido. Los médicos están muy satisfechos, porque era una crisis terrible de mi naturaleza, un sacudimiento formidable de mi cuerpo, una explosión vigorosa

de mi vida, que la ciencia ha vencido. ¡ Pobres sabios! Ignoran que esa crisis ha sido la crisis de mi alma, que sólo Dios ha podido vencer.

» Una mañana, mitigado el ardor de la calentura, que me había hecho ver durante la noche las más extrañas visiones, experimenté la necesidad de una íntima comunión; necesitaba una mano amiga que me ayudara á sostener el peso que me oprimía; oídos que me oyeran; labios que me consoláran. Pero, ¿ á quién acudir...? El mundo, que me rodea de vanas lisonjas, no comprendería mi pena. Dirían unos, ¡ qué ridiculez! Otros, ¡ qué capricho! Muchos, ¡ qué locura...! Mis padres ¡ ah! les habría afligido mi secreto, y no hubieran consolado mi pena. Entonces comprendí la espantosa soledad en que me hallaba en medio de tantos amigos, de tantos admiradores, de tanta gente.

» Hay en mi cuarto, enfrente de mi cama, una joya artística, un cuadro que tenemos en mucha estima, porque es el retrato de un ascendiente de mi madre, cuyas virtudes forman el más honroso título de mi familia. Muchas veces había admirado el mérito de este lienzo, donde creo encontrar la corrección de Rafael, la franqueza de Velázquez y el tono de Murillo. Representa á un anciano sacerdote: su calva frente, iluminada por un rayo de luz hábilmente arrojado sobre su rostro venerable, se destaca sobre el fondo oscuro que la envuelve como la primera claridad del día sobre las últimas sombras de la noche: hay algo del cielo que se acerca y de la tierra que huye: es una cabeza que tiene aureola, sin que el pintor la haya trazado; resplandece con la paz del justo, con la esperanza del santo, con la fé del mártir; sus ojos miran, y su boca sonríe.

» Mis pupilas extraviadas se fijaron en este retrato, que había visto muchas veces, que había admirado siempre, y que no había comprendido nunca. Hubo momentos en que creí que se desprendía del lienzo y venía á buscarme; esperaba que la voz resonara en sus labios; me hablaba, y yo no podía entenderlo...

» Mi doncella se acercó silenciosa, creyendo que dormía, y, al verme con los ojos abiertos, me dijo: — ¿ La señorita está mejor? — Sí, la contesté; me siento bien... pero... me falta una cosa. — ¿ Qué...? me preguntó con viva ansiedad. — Quiero... la dije sin saber lo que decir, que venga un sacerdote.

» No sabe usted el asombro que causó en esta casa la noticia de mi deseo. Si hubiera pedido una joya; si hubiera querido vestirme y recibir á mis amigos; si hubiera querido montar á caballo, habría causado ménos extrañeza. Creyeron que la debilidad me hacía decir desatinos; como los médicos me habían declarado fuera de peligro, mi deseo era inexplicable. Yo, que vi siempre satisfechos hasta mis más raros caprichos, encontré por primera vez resistencia á mi voluntad. Quisieron convencerme, persuadirme, engañarme; mas insistí, supliqué, lloré, y el sacerdote vino: me quedé sola con él, y le descubrí hasta lo más recóndito de mi corazón.

» ¡ Qué dulce severidad encontré en sus consejos! ¡ Qué ardiente caridad en sus advertencias...! ¡ Qué tierna solicitud en sus mandatos...! ¡ Qué gran consuelo...! Sus santas palabras caían en el fondo ulcerado de mi conciencia como un bálsamo divino. Aquel mismo día entró Dios en mi alma.

» He querido saber si debía escribir esta carta, y sé que puedo escribirla.

» Pronto abandonaré á Madrid, llevándome en el corazón el propósito de un voto solemne, el recuerdo cruel del mal que hice, y la dulce memoria del bien que usted me ha hecho.

» Lea usted esta carta á su madre; porque la he afligido, y debo consolarla.

» Aquí agito tres veces mi pañuelo, empapado en lágrimas, como una tierna amiga que se despide... quizá... para siempre.

» Hoy cumplo veinte años.

J. MARGARITA.

La segunda carta parece escrita por una mano temblorosa, y dictada por una voluntad firme.

Veamos su contenido:

» Señorita: Yo también debo confesarme culpable; más culpable que usted, porque he llamado con demasiada violencia á las puertas de su corazón; porque he provocado su curiosidad, excitado su interés y herido su amor propio; porque he arrojado al rostro de su vanidad loca el guante de mi soberbia ciega. Hemos luchado, y Dios nos ha vencido, como Dios vence siempre, salvándonos. Ha sido un duelo á muerte, en el que los dos somos vencedores, porque no hay triunfo más glorioso ni más sublime que aquel que el hombre alcanza sobre sí mismo.

» Pronto estoy á todos los sacrificios: me esconderé por no verla, huiré por no encontrarla, ensordecere por no oírla, emudeceré por no prounciar su nombre; pero no me pida usted que arranque su imagen de mi corazón, porque éso es imposible.

» ¿Me he batido por usted...? Veamos: he descendido á ese ensangrentado terreno del falso honor. Cierro; mas; no movieron mi mano ni el odio, ni la ven-

ganza, ni la vanidad de un valor que tiene cualquiera, ni el miedo cobarde á las burlas del mundo que todos sienten. He expuesto mi vida, preciso es decirlo, por salvar otra vida. He ido á un duelo por evitar un duelo.

» Una vez provocado el coronel Montero, no hay más remedio que matarlo ó dejarse matar: con la espada en la mano es implacable, y tiene el fausto privilegio de matar siempre á su adversario. Quise salvar al marqués de una muerte segura, á usted de un justo sentimiento y á Montero de un nuevo homicidio. La prisión del coronel aplazaba el terrible lance, y yo quería impedirlo; él no pudo ir, y fui yo: contaba con mi destreza en el manejo de la espada para reducirlo á unas cuantas gotas de sangre, que estaba dispuesto á derramar, dejándome herir ligeramente. Dios ha querido otra cosa, y estoy contento.

» Nos hemos encontrado en el camino de la vida como dos viajeros extraviados que se ven por primera vez y no se conocen; se miran con desconfianza, se saludan, y cuando se comprenden distinguen la senda que deben seguir, y se despiden, con la alegría de haberse encontrado y con la pena de tener que separarse. ¿Nos volveremos á encontrar...?

» Lleva usted en su corazón el propósito de un voto solemne. Sea. Usted haga el propósito, y yo me resigno al sacrificio; la mitad de ese voto es mío. Cúmplalo usted; mejor dicho: cúmplámoslo.

» Mi amor ha sido injusto, y es justo que padezca mi amor. Se llega á la felicidad por el camino de los dolores, como se llega al cielo por el áspero camino de la tierra. En el mundo, el que no padece no ama, es decir, no vive. La expiación purifica, y debemos purificarnos.

» Con muchas lágrimas en los ojos ha leído mi madre su carta de usted, y la ha besado, y la ha bendecido, y me ha dicho: «Hijo mío, llévala sobre tu corazón.» Y la he contestado: «La llevo dentro de mi alma.» Esta respuesta me ha valido un abrazo.

» Mi médico me envía á Alemania á unos baños que han de restablecerme por completo: los tomaré, porque siento un anhelo de vivir indecible.

» El amor profundo y verdadero... ¿qué esperanza infunde, qué fé inspira, qué valor da! Esperanza, pues; fé y valor.

L. G. DE C. »

Hace muchos meses que tenía detenida la continuación de este sencillo relato por falta de noticias acerca de los dos personajes principales que en él aparecen, esperando para proseguirlo, nuevos acontecimientos dignos de referirse. Muchas veces hice ánimo de darlo aquí por terminado, en atención á que los sucesos no llegaban, y el tiempo corría. Pero ¿cómo dejar en separación perpétua á dos seres que, sea el que quiera el interés que hayan podido inspirar, parece, por lo que hemos visto, que han nacido el uno para el otro?

Además, yo, tan curioso como cualquiera de los lectores, deseaba saber si volvían á encontrarse, si volvían á verse, si llegaban á hablarse, si seguían amándose; en una palabra: si acababan por casarse, como si ésto fuera lo último que pudiera sucederles; es decir: como si casarse fuera morir.

Mas hoy mismo he recibido noticias seguras que me obligan á cerrar definitivamente estas páginas, cortando el hilo de la narración donde los sucesos han querido que lo corte.

Hé aquí ahora mis últimas noticias:

Sé, ante todo, que los señores de Miramar han muerto en París, en muy poco tiempo, de la misma enfermedad, de la última, de la única que no tiene cura. Sé que Margarita ha hecho donación de sus rentas, aplicándolas á objetos de piedad y de beneficencia; y sé, en fin, que ha tomado por dos años el hábito de Hermana de la Caridad.

Sé más aún: sé que *Mari* la acompaña; que, á pesar de estar en París, se llama á sí misma *la hermana Maria*, y me consta que daría lo que le pidiesen por oírse llamar *Marija*.

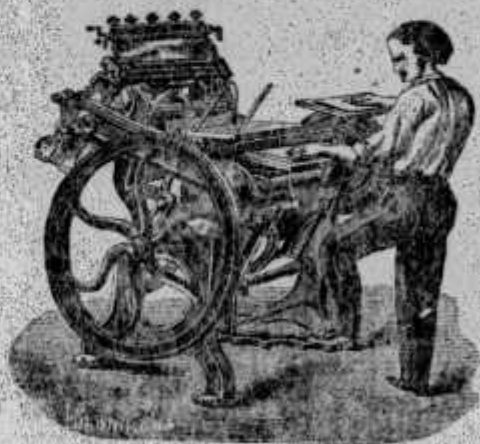
En cuanto á él, mis averiguaciones no son ménos interesantes: ha hecho en Alemania íntima amistad con un músico español ciegamente apasionado del arte clásico, que no reconocía más música que la música alemana; que cambiaba todas las notas del discurso académico más erudito, y todas las notas diplomáticas del mundo, por una sola nota de Mozart. Ambos amigos no se separan nunca, y hablan mucho de Margarita: el músico, porque se desespera al recordarla, y el otro, porque se regocija nombrándola.

Sin embargo, no pierdo la esperanza de que al fin se encuentren, se vean y se casen. Pero, francamente, no es más que una esperanza.

Y no sé más.

IMPRENTA RURAL

LA MAS CENTRAL DE MONTEVIDEO



ENTRE RINCON Y 25 DE MAYO

LA MINERVA (modelo)

III-CAMARAS-III

En este establecimiento se ejecutan
toda clase de trabajos tipográficos

PERIÓDICOS—OBRAS—FOLLETOS

MEMORIAS—CONOCIMIENTOS

CATÁLOGOS

TARIFAS—CARTELES—TARJETAS

LETRAS DE CAMBIO

RÓTULOS — ETIQUETAS — FACTURAS

CIRCULARES—PRECIOS CORRIENTES

ESQUELAS FÚNEBRES

Correccion esmerada—Prontitud

Precios módicos



LA COLONIA ESPAÑOLA

DIARIO INDEPENDIENTE

ÉCO IMPARCIAL DE LOS INTERESES DE SU TÍTULO
EN SUD-AMÉRICA

PRECIOS DE SUSCRICION

Un mes. \$ 1.20
Un año (anticipado). \$ 12.00

PUNTO DE SUSCRICION EN MONTEVIDEO

111-CALLE CÁMARA-111

Agentes en la República Oriental

CANELONES: D. Claudio Gurbelo—COLONIA: D. Angel Pérez—DURAZNO:
D. Rafael Gascón—FLORIDA: D. Manuel Tubino—PIEDRA: D. J.
de Baño—PUNONDE: D. Valentín Rodríguez—ROSARIO: D. Luis A.
Durán—SAN JOSÉ: Sres. Massanes y Pérez—SANTA LUCÍA: don
Luis Machemund—COLÓN: D. Juan de Cárdenas—NUEVA HELVECIA:
D. Victor Perdomo—JUAN CATAZO: D. Francisco Lloas—ESTACION
RODRIGUEZ: D. José Franco—COSTA DEL TALA: D. Cayetano Robai-
n—SAJON: D. Agustín Durán—SAN GREGORIO: D. Juan Tomás Ar-
teaga—ATTIANS: D. Ismael Velazquez—MELO: D. José Ballarín
Gómez—MIRAS: D. Honorio Pereira—PANDO: D. Guis Castell—RU-
STAG: D. Antonio M. Gómez—SAN CARLOS: D. Armandó Rodríguez
—TALA: D. Joaquín Tejera—TACUAREMÓ: D. José Portillo—TURISIA
Y TRES: D. Pascual Olivares—PAN DE AZÚCAR: D. Félix de Lizarza
—SAN RAMÓN: D. Manuel Suárez—SOLIS GRANDE: D. Miguel Vicente
—VILLA DEL CRISTO: D. José Colas—CARIBBIAN: D. Américo A. Caras-
sini—DELORES: D. Salvador Fernández—PAYRANÓ: D. Mariano Co-
mas—RIVERA: D. Eugenio González—SANTOS: D. Juan Canellas—SAN
EDUARDO: D. José Laporta—SANTA ROSA: D. Manuel Alonso—NUE-
VA PALMIERA: D. Genaro Fernández.

EN EL EXTERIOR

República Argentina—BUENOS AIRES: Duhalde y Tuñán—CONCORDIA:
D. Lucio López—CURILCOY: D. Floro M. Morel—PARANÁ: D. Joaquín
Sosa—ROSARIO DE SANTA FE: Salvador Pujadas—TUCUMÁN: Doña
Mercedes T. de Sosa—SAN NICOLÁS: Sres. Fernández y Borlas—
SAN JUAN: D. Luis Garratichio—SANTA FE: Ezequiel Guzmán.
Brasil—ALEGRIAS: D. Felipe Basayán—PELOTAS: Faustino Trápaga
—RIO GRANDE: Francisco A. Otero—UNIOLETANA: José Argüen-
Itaque—Manuel Fernández—HAI: Benito Gantán.
Paraguay—ASUNCIÓN: Sres. C. Rós y Culpán.
Chile—VALPARAISO Y SANTIAGO: D. Orestes L. Tornero.
Perú—LIMÓN: Sres. Abo y Cia.
Bolivia—LA PAZ: D. Pedro Zubanguirre.
Ecuador: En los principales centros de población.

